

Unidad y Carismas

Diálogo intercultural e interreligioso

Diálogo interreligioso y anuncio

Fabio Ciardi, o.m.i.

Para una sociedad intercultural

Paolo Monaco, s.j.

Tlemcen, nacimiento y desarrollo
de un movimiento musulmán

Bennie Callebaut

Corea del Sur,
el centro «Fuente de la Consolación»

Paco López, i.m.c.

Un budista entre los salesianos

Hiromasa Tanaka

N.º 83/2012

Julio - Septiembre


Ciudad Nueva

Revista trimestral de espiritualidad y comunión

Edición española

Edita: Movimiento de los Focolares (R-2800178-B)
Andrés Tamayo, 4. 28028 Madrid

Consejo de redacción: Carlos García Andrade, c.m.f.; Joaquín M^a Vicente, o.carm; José Luis Belver, o.s.a.; Juan Gil, o. carm; José Damián Gaitán, o.c.d.; Santiago Sierra, o.s.a.

Administración: Joaquín M^a Vicente, o.carm. Ayala, 35. 28001 Madrid.
Tel. 914351660 - Fax 914351786 - e-mail: redaccion@unidadycarismas.es

Composición: José Luis Belver, o.s.a.

www.unidadycarismas.es

Edición italiana

«Unità e Carismi», Fabio Ciardi, o.m.i.,
Via della Selvotta, 25
00041 Albano Laziale, Roma, Italia.
unitaekarismi@cittanuova.it

Edición alemana

«charismen. Ordenschristen in Kirche und Gesellschaft», Hans Schalk, cssr
Kaulbachstrasse 47
D - 80539 München, Alemania
schalk@redmuc.de

Edición inglesa (Asia, África)

«Charisms in Unity», Conrad Sciberras,
mssp, Via della Salvotta, 25
00041 Albano Laziale, Roma, Italia.

Edición eslovena

«Edinost in Karizme», Anton Nadrah, o.cist.,
Cistercijanska opatija Sticna
61295 Ivančna Gorica, Eslovenia

Edición francesa

«Unitè et Charismes», Roger Bourcier, fsg
10, av. Rémy René-Bazin
85290 St-Laurent-sur-Sevre, Francia
unitecharismes@focolari.fr

Edición polaca

«Jednosc i Charyzmaty», Ludwik Mycielski, o.s.b.
Biskupow 72 PL
48-355 Burgrabice, Polonia
ludwik@benedyktyni-biskupow.org

Edición portuguesa

«Unidade e Carismas», Germano van de Meer, s.v.d.
C.P. 18 - 06730-970 Vargem Grande Paulista SP, Brasil
centrofoco@uol.com.br

DIÁLOGO INTERCULTURAL E INTERRELIGIOSO

Editorial

Religiosos, culturas y religiones *Carlos García Andrade, c.m.f.* 4

Perspectivas

Diálogo interreligioso y anuncio *Fabio Ciardi, o.m.i.* 6

Cómo preparar a las personas para el cambio *Santino Bisignano, o.m.i.* 13

Para una sociedad intercultural *Paolo Monaco, s.j.* 18

Testigos

Tlemcen, nacimiento y desarrollo
de un movimiento musulmán *Bennie Callebaut* 23

Luigi Padovese, un mártir por el diálogo *Theo Jansen, o.f.m.cap.* 28

Experiencias

Corea del Sur,
el centro «Fuente de la Consolación» *Paco López, i.m.c.* 34

Un budista entre los salesianos *Hiromasa Tanaka* 38

Nuevos horizontes

Simposio hindú-cristiano en la India *Roberto Catalano* 40

Religiosos, culturas y religiones

DESDE que la Declaración Conciliar *Nostra aetate* del Vaticano II indicó un cambio en la actitud de la Iglesia hacia las religiones no cristianas, el diálogo con dichas religiones ha entrado a formar parte del nuevo horizonte de la tarea eclesial. Es lo que se afirma de forma autorizada en la encíclica *Redemptoris Missio* de Juan Pablo II: «*El diálogo interreligioso es parte de la misión evangelizadora de la Iglesia*» (nº 55).

Esto ha supuesto un desafío también para la vida consagrada. Estando presente en primera línea, a través de los misioneros y misioneras, en las naciones donde son mayoría dichas tradiciones religiosas no cristianas, han aprendido a crear nuevas relaciones, a abrir nuevos caminos, a inventar nuevos modos para hacer realidad un diálogo que, en no pocas ocasiones, exige creatividad, humildad, imaginación.

No ha sido un camino fácil. Entre otras cosas porque ha supuesto un cambio de mentalidad. Si el filósofo Roger Garaudy definió con una frase quizá un tanto simple, pero muy expresiva, el Vaticano II como una transición «*del anatema al diálogo*», para esos hombres y mujeres de Dios, a los que me he referido antes, el Concilio ha significado, de hecho, un cambio total en su forma precedente de pensar y actuar.

No han sido pocos los misioneros que nos han contado el desconcierto inicial que produjo en ellos dicho cambio: es decir, tener que renunciar a ciertas aspiraciones, siempre legítimas, que habían sido las que les habían movido a ir a misiones («*lograr convertir y, quizá, bautizar a alguno/s*») para iniciar un nuevo camino de diálogo.

En realidad, las cosas luego no resultaron tan difíciles. Muchos de ellos ya habían comprobado que por la vía tradicional no se llegaba muy allá, porque, después de mucho esfuerzo, los frutos eran más bien escasos, lo que acarreaba no pocas desilusiones. Estoy seguro de que fueron mayoría los misioneros y misioneras que, por su sensibilidad y por su propia experiencia de vida, acogieron ese cambio con alegría y esperanza.

Pero no basta cambiar de actitud. Una cosa es acoger positivamente los principios de colaboración y de diálogo, y otra encontrar el camino adecuado para llevar a la práctica dichos principios.

En todo esto pesa, y ha pesado sin duda, los siglos de distanciamiento, de coexistencia prácticamente impermeable al otro, que han generado inevitablemente no pocos prejuicios y estereotipos recíprocos. Hoy, sin embargo, la globalización ha ayudado a hacer desaparecer, de hecho,

muchas de esas fronteras. Pero ahora el desafío del diálogo lo tenemos dentro de casa, con los que están más cerca, en nuestras propias ciudades. Las grandes ciudades del mundo se han convertido, en pocos años, en un mosaico multiétnico, multicultural, multirreligioso. Así, el desafío del diálogo interreligioso acaba por afectarnos a todos, y no sólo a los que trabajan en países con otras tradiciones culturales y religiosas.

Además hay que tener en cuenta también las heridas históricas: desde las cruzadas a los abusos cometidos en los tiempos de las diferentes colonizaciones, con la destrucción de las antiguas tradiciones religiosas y con la imposición de la propia fe por parte de los vencedores, o la reducción de los fieles de otro credo religioso a ciudadanos de segunda clase. Hay, pues, mucho que sanar.

Pero estos desafíos encierran también grandes posibilidades. El proceso social nos demuestra que, al crecer la interdependencia, estamos llamados a entendernos, a relacionarnos, a contar con todos; no podemos continuar viviendo como si los de otras culturas y religiones no existiesen. Y no basta la simple tolerancia o el aceptar la actual situación como a más no poder. Las reacciones radicales de los fundamentalistas, por otra parte, amenazan con envenenar la posibilidad real de caminar hacia un entendimiento con aquellos hijos de Dios que, en tantos casos, se adhieren a su fe con más decisión y entrega a veces que nosotros.

Por esto son muy interesantes las experiencias y los intentos de aquellos que, en las fronteras de la Iglesia, trabajan por encontrar nuevas vías, nuevos caminos. De lo que es un ejemplo la inolvidable Jornada de Oración de las Religiones por la Paz, promovida del Juan Pablo II, que tuvo lugar en Asís en 1986. Encuentro repetido recientemente por Benedicto XVI al cumplirse los 25 años de aquel acontecimiento histórico.

Por lo que respecta a la vida consagrada, en la exhortación postsinodal *Vita consecrata* encontramos una llamada a los consagrados a comprometerse en dicho campo, proponiendo algunas líneas concretas de actuación: el testimonio y el diálogo de la vida; la preocupación por la vida humana concreta, en la compasión por el sufrimiento físico y espiritual, colaborando en la búsqueda de la justicia, la paz y la salvaguardia de la tierra; todo ello a través de oportunas formas de diálogo (cf. n.º 102). El diálogo interreligioso constituye, sin duda, uno de los nuevos areópagos de la misión.

También el Movimiento de los Focolares, como es bien sabido, lleva tiempo trabajando en todo esto. Quizá porque su carisma propio es la unidad, ha conseguido llegar a alcanzar algunos puntos de encuentro y diálogo allí en donde parecía imposible el diálogo interreligioso. Dan testimonio de ello algunos de los simposios promovidos por dicho Movimiento en los últimos años con budistas, hindúes, musulmanes, judíos, y con algunas religiones africanas. Pero hay que reconocer que dichos encuentros han sido posibles sobre todo porque antes y después han ido acompañados por tantas experiencias del llamado diálogo de la vida, tanto en las circunstancias más fáciles como en las más difíciles.

Sin duda este es un tema de gran importancia para la vida de la Iglesia en el momento actual, como ha puesto de relieve la reciente visita de Benedicto XVI al Líbano a mediados del mes de septiembre de este año 2012.

Esperamos que esta inmersión en el diálogo interreligioso e intercultural, con reflexiones y experiencias concretas, pueda enriquecer nuestro punto de vista al respecto e impulsarnos a un nuevo compromiso en todo lo relacionado con esta frontera eclesial de tanta actualidad.

Carlos Garcia Andrade, c.m.f.

Diálogo interreligioso y anuncio

Fabio Ciardi, o.m.i.

El presente artículo nos trae a la memoria las grandes etapas del camino que ha vivido la Iglesia desde el Concilio Vaticano II hasta el pontificado de Benedicto XVI en lo referente al diálogo interreligioso. Mirando la historia pasada se puede decir que ha sido, sin duda, uno de los periodos más creativos y más rico a este respecto.

UNOS años después del Concilio, en 1967, el Secretariado para los no Cristianos –una institución novedosa en la Iglesia, que había creado Pablo VI tres años antes– encuentra su puesto orgánico en la Iglesia. La función que se le asigna es la de «*buscar el método y los procedimientos para entablar un diálogo adecuado con los no cristianos. Para ello ha de fomentar todo lo que ayude a que los cristianos conozcan debidamente y aprecien justamente a los no cristianos y de que, a su vez, estos (los no cristianos) puedan igualmente conocer y estimar la doctrina y la vida cristiana*» (*Regimini Ecclesiae Universae*, n° 99).

Pablo VI

Gracias en parte a la actividad de este nuevo Secretariado, empezaron a llegar desde distintas partes del mundo jefes religio-

sos y delegaciones de varias religiones para visitar al Papa: en 1972 el patriarca budista de Tailandia; en 1973 el patriarca budista de Laos; en 1974 el fundador de la Rissho Kosei Kai, y muchos otros más. El mismo Papa, en sus viajes por el mundo, tuvo encuentros con musulmanes en Turquía (1967) y en Uganda (1968), con representantes de varias religiones en Filipinas y en Australia (1970), y, durante el Concilio, en India (1964).

Se intensificaron también los encuentros e intercambios de visitas y de experiencias, ya iniciados antes del Concilio, entre monjes cristianos y monjes budistas. Desde Occidente se empezó a ir hacia Oriente, a ambientes hindúes y budistas, y desde Oriente se vino a los monasterios cristianos de Occidente para vivir momentos concretos de comunión y diálogo.

Unidad y Carismas

En parte como fruto de estos numerosos contactos con las diferentes religiones, Pablo VI, en la exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, de 1975, se siente impulsado a manifestar la estima y el respeto que la Iglesia siente hacia las religiones no cristianas, en cuanto son «*la expresión viviente del alma de vastos grupos humanos. Llevan en sí mismas –continúa el Papa– el eco de milenios de búsqueda de Dios; búsqueda incompleta pero hecha frecuentemente con sinceridad y rectitud de corazón. Poseen un impresionante patrimonio de textos profundamente religiosos. Han enseñado a generaciones de personas a orar. Todas están llenas de innumerables "semillas del Verbo"*»; al mismo tiempo el Papa también recuerda que «*ni el respeto ni la estima hacia estas religiones, ni la complejidad de las cuestiones planteadas implican para la Iglesia una invitación a silenciar ante los no cristianos el anuncio de Jesucristo. Al contrario, la Iglesia piensa que estas multitudes tienen derecho a conocer la riqueza del misterio de Cristo*» (nº 53). En estas afirmaciones se ve ya claramente enunciada la relación entre diálogo y anuncio: es importante acoger y apreciar todo lo que haya de positivo y verdadero en los otros, y, al mismo tiempo, expresar con claridad la riqueza de nuestra fe.

Juan Pablo II

Después de Pablo VI, el nuevo papa, Juan Pablo II, se mostró, desde el comienzo de su pontificado, favorable a llevar adelante el diálogo iniciado a este respecto por su antecesor y lo amplió aún más, gracias en parte a sus frecuentes viajes. Así, se vio con responsables de varias religiones, yendo directamente a su encuentro en sus respectivos Países: con los musulmanes en África (1980), Pakistán y Filipinas (1981), con diferentes grupos religiosos en Japón (1981) y Corea (1984). Dignos de recuerdo

son sus viajes a Marruecos, en donde habló a miles de jóvenes musulmanes, y a la India, donde se encontró con los hindúes. Incluso, siendo ya anciano, no se cansó nunca de demostrar su aprecio por las otras religiones. Se puede recordar aquí, entre otros, el encuentro del 2000 con los líderes musulmanes en al-Azhar, de El Cairo, y en el 2001 la visita a la mezquita de Omayyar, de Damasco.

Además de las llamadas grandes religiones históricas, Juan Pablo II supo apreciar también las religiones tradicionales. Así, en febrero de 1993, dirigiéndose a los representantes del Vudú, en Cotonú (Benin), les alaba por su fidelidad a los valores tradicionales, aunque recordando al mismo tiempo la novedad del Evangelio: «*Estáis fuertemente apegados a las tradiciones que os han transmitido vuestros antepasados... Vuestros hermanos cristianos aprecian, como vosotros, todo lo que hay de positivo en esas tradiciones, porque, como vosotros, también ellos son hijos de Benín. Pero, al mismo tiempo, se sienten agradecidos a sus "antepasados en la fe", desde los Apóstoles hasta los misioneros, por haberles anunciado el evangelio. Estos misioneros les han dado a conocer la Buena Nueva de que Dios es Padre y que se ha hecho presente entre los hombres en su Hijo Jesucristo, para traernos un gozoso mensaje de liberación*». Estas palabras del Papa son un ejemplo más de cómo se puede armonizar diálogo y anuncio.

Es importante acoger y apreciar todo lo que haya de positivo y verdadero en los otros, y, al mismo tiempo, expresar con claridad la riqueza de nuestra fe.

Pero el gran acontecimiento que quedará como un icono de la apertura de Juan Pablo II al diálogo interreligioso fue el en-

cuentro de Asís (27 de octubre de 1986) con representantes de varias religiones en la Jornada Mundial de Oración por la Paz. El Papa, al confiar al superior general de los Oblatos de María Inmaculada, Marcello Zago, la misión de preparar dicha jornada de oración, le dijo: «*Quisiera que fuese el Concilio en miniatura, visible a los ojos de todos*». El Papa mismo, sacando la lección de los acontecimientos de aquella jornada, dijo: «*Debemos ver en dicha jornada una anticipación de lo que Dios quiere que sea el desarrollo histórico de la humanidad: un viaje fraterno en el que nos acompañemos los unos a los otros hacia la meta trascendente a la que nos ha llamado*»¹.

Poco después, en 1988, se procedió a cambiar el nombre del Secretariado para los no cristianos. El nuevo nombre que se le dio fue: Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso. Un cambio ciertamente muy significativo. El diálogo era así una palabra que había entrado a formar parte del patrimonio de la vida de la Iglesia.

En el portal web vaticano del Diálogo Interreligioso se dice que este «*se basa en un sistema de doble comunicación. Implica hablar y escuchar, dar y recibir, en vistas al progreso y enriquecimiento de cada una de las partes. Se trata de llevar a cabo un diálogo que es testimonio de la propia fe, pero también, al mismo tiempo, apertura hacia la de los otros. No es una traición a la misión de la Iglesia, ni un nuevo método para lograr la conversión a la fe cristiana*».

Los documentos del Magisterio

Pasando ahora más concretamente al tema de la relación entre diálogo y misión, entre diálogo y anuncio, el Secretariado publicó en 1984 un primer gran documento: *La actitud de la Iglesia Católica frente a los seguidores de otras religiones: reflexiones y orientaciones de Diálogo y Misión*. Y en el 1991, otro conjuntamente con la Congre-

gación para la Evangelización de los Pueblos: *Diálogo y Anuncio*. Entre estos dos documentos se sitúa en el tiempo la encíclica de Juan Pablo II *Redemptoris missio* (1990), que profundiza en la visión de la Iglesia sobre dicho tema.

Diálogo y Misión reafirmó los principios del Concilio sobre los valores positivos de las otras religiones, que son los que posibilitan un diálogo con ellas. En él se decía: «*En Dios nosotros contemplamos un amor preveniente, sin límites de espacio y de tiempo. El universo y la historia están llenos de sus dones. Cada realidad y cada acontecimiento están llenos de su amor... La Iglesia tiene la misión de descubrir, poner de relieve, y hacer madurar toda la riqueza que el Padre ha depositado en la creación y en la historia, para promover la circulación entre todos los hombres de los dones del Padre*» (nº 22).

En la *Redemptor hominis* el Papa ya había escrito que el Espíritu Santo «*actúa más allá de los confines visibles del Cuerpo místico*» (nº 6). Los límites últimos de la Iglesia son aquellos en los que Cristo se hace presente: «*todo hombre, sin excepción alguna, ha sido redimido por Cristo, porque con el hombre, con cada hombre sin excepción alguna, se ha unido Cristo de algún modo, incluso cuando ese hombre no es consciente de ello. Cristo, muerto y resucitado por todos, da siempre al hombre, a todo hombre y a todos los hombres, su luz y su fuerza para que pueda responder a su máxima vocación*» (nº 14).

Siguiendo esta línea, en *Diálogo y Anuncio* se da un paso más respecto del Concilio: en las religiones se reconocen no sólo valores positivos y elementos de verdad y de gracia, sino también la presencia activa del Reino de Dios, que va más allá de los confines de la Iglesia: «*la realidad incipiente de este Reino puede encontrarse también fuera de los confines de la Iglesia*» (nº 35).

Este mismo documento, en los números del 8 al 10 se detiene a explicar los tres siguientes términos:

Unidad y Carismas

– Evangelización: dice relación a la misión de la Iglesia en su conjunto; en la línea de la *Evangelii nuntiandi* de Pablo VI (nº 18) significaría «llevar la Buena Nueva a todos los ambientes de la humanidad y, con su influjo, transformar desde dentro, renovar a la misma humanidad»;

– Diálogo: «conjunto de las relaciones inter-religiosas, positivas y constructivas, con personas y comunidades de otras confesiones, tendentes a un conocimiento y enriquecimiento recíproco»; texto este tomado, a su vez, del documento *Diálogo y misión*;

- Anuncio: «es la comunicación del mensaje evangélico... Es la invitación a un compromiso de fe en Jesucristo, invitación a entrar mediante el bautismo en la comunidad de los creyentes que es la Iglesia».

Diálogo y anuncio son dos formas de expresar la misma e idéntica misión evangelizadora de la Iglesia. Del diálogo en particular Juan Pablo II afirma que «forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia», y que «no nace de una táctica o de un interés, sino que es una actividad con motivaciones, exigencias y dignidad propias: es exigido por el profundo respeto hacia todo lo que en el hombre ha obrado el Espíritu, que sopla donde quiere» (RM, nº 55-56).

No se trata de una simple preparación a la misión de proclamar y anunciar a Jesucristo y de invitar a las personas a llegar a ser miembros de la Iglesia a través del bautismo. Su finalidad es más bien la de hacer que las personas de diferentes religiones puedan vivir en armonía y paz, se comprendan mejor entre ellas, trabajen juntas a favor de la humanidad, y estén unidos entre sí en su deseo de responder a Dios, en la búsqueda de la Verdad.

¿Cómo vivir el diálogo?

Partiendo de la base de la presencia del Espíritu en todas las auténticas expresiones

religiosas, el documento *Diálogo y Misión* reconoce en el diálogo la exigencia de una disponibilidad a vivir la reciprocidad de los dones. Si «el cristiano normalmente nutre su corazón del deseo de compartir su experiencia de Cristo con los hermanos de otras religiones...», parece igualmente natural que los otros creyentes deseen hacer algo semejante» (nº 40).

«Todo hombre, sin excepción alguna, ha sido redimido por Cristo, porque con el hombre, con cada hombre sin excepción alguna, se ha unido Cristo de algún modo, incluso cuando ese hombre no es consciente de ello. Cristo, muerto y resucitado por todos, da siempre al hombre, a todo hombre y a todos los hombres, su luz y su fuerza para que pueda responder a su máxima vocación».

Para que esta reciprocidad dé fruto es necesario una apertura al otro sin prejuicios, y, al mismo tiempo, tener clara la propia identidad; y que cada uno mantenga firme la adhesión a las verdades de sus respectivos credos. El P. Zago decía: «Cuanto más uno se abre a los otros más profundas y fuertes tienen que ser las propias raíces, así como el árbol más alto y con una copa más grande necesita unas raíces más profundas y más amplias»².

Como dijo Juan Pablo II a los jefes religiosos de Indonesia, la conciencia de la propia identidad «no implica en modo alguno el cerrarse a los otros». Y esto por dos motivos. Ante todo porque «el conocimiento de la verdad nos empuja a compartir con los demás el don que hemos recibido». Y también «porque el diálogo que se basa en el respeto de los otros nos permite a su vez enriquecernos desde el punto de vista de los demás, haciendo nuestras sus propias preguntas, impulsados así a ahondar nuestro propio conocimiento de la verdad»³.

Ya el concilio Vaticano II, refiriéndose al diálogo como intercambio, decía que la finalidad del mismo ha de ser siempre la de «ayudarse mutuamente en la búsqueda de la verdad», y así «unos exponen a otros la verdad que han encontrado o creen haber encontrado» (DH, nº 3). Por su parte el documento *Diálogo y misión* dice: «los cristianos se encuentran con seguidores de otras tradiciones religiosas para caminar juntos hacia la verdad» (nº 13). La verdad nos trasciende constantemente. Más que poseerla nosotros a ella, es ella la que nos posee y nos descubre siempre nuevos aspectos de sí misma.

Del diálogo sincero, afirma el documento *Diálogo y anuncio*, nace una mayor luz para una mejor comprensión de nuestra propia fe: «la plenitud de la verdad recibida en Jesucristo no da a cada uno de los cristianos la garantía de haber asimilado plenamente tal verdad. En última instancia, la verdad no es algo que poseemos, sino una Persona por la que tenemos que dejarnos poseer. Se trata, así, de un proceso sin fin» (nº 49). En una palabra: encontrar al otro para que sea más él mismo, pero también para ser más uno mismo.

Monseñor Pietro Rossano, que fue secretario del Pontificio Consejo para el Diálogo Interreligioso, llegó a escribir que quizá «la fe cristiana no será conocida ni desarrollada en todas sus potencialidades hasta que no sea pensada, interpretada y vivida en las categorías religiosas de todos los pueblos. Paralelamente se debería decir que, en contacto con ella, las tradiciones religiosas de los pueblos tendrán la posibilidad de presentar y expresar mejor lo más profundo de ellas mismas»⁴.

Por otra parte, la aportación de la Iglesia puede ser cada vez más decisiva para salvaguardar los valores de las otras religiones. La Iglesia cree de hecho que en todas ellas hay semillas del Verbo, y valora todo cuanto es verdadero, noble, justo, puro, amable, laudable, bello, bueno... (cf. *Fil* 4, 8).

Y ¿por qué se daría así este pleno desa-

rollo de la Verdad? Porque en la unidad entre las personas se hace presente la Verdad misma, como claramente afirmó Juan Pablo II en Madrás (India): «El fruto del diálogo es la unión entre los hombres y la unión de los hombres con Dios, que es fuente y revelación de toda la verdad y cuyo Espíritu guía a los hombres a la libertad cuando estos van al encuentro unos de otros con sinceridad y amor. A través del diálogo hacemos que Dios se haga presente en medio de nosotros; porque mientras que nos abrimos uno al otro en el diálogo, nos abrimos también a Dios». Por eso concluía: «el diálogo es un medio de buscar la verdad y compartirla con los otros»⁵.

¿Cómo llevar a cabo el anuncio?

Porque el diálogo es reciprocidad de don y de acogida, implica a su vez precisamente el anuncio, en el cual «el proceso dinámico de la misión evangelizadora de la Iglesia alcanza su culmen y su plenitud» (DA, nº 82).

¿Cómo llevar a cabo el anuncio? Voy a intentar explicarlo a través de la experiencia del encuentro con el reverendo Nissho Takeuchi de la Nichiren-shu, una de las muchas corrientes del budismo japonés.

Ha estado presente en todos los simposios organizados por el Movimiento de los Focolares, le hemos ayudado también en su trabajo, y los miembros del Movimiento lo han acogido siempre con gran afecto.

Cuando hace algún tiempo hemos estado en Japón para el simposio budista-cristiano, hemos ido a verlo al moderno templo que ha construido en Osaka, en el mismo sitio en el que en otras épocas se fabricaban armas; un lugar en el que los continuos bombardeos sufridos durante la Segunda Guerra Mundial causaron miles de muertos. El reverendo Takeuchi escogió dicho lugar con el fin de que en él se elevaran oraciones incesantes por todas las víctimas de la guerra.

Nos acoge con una gran cordialidad y muchas inclinaciones. Nos lleva a un templo lleno de colores vivos entre los que predominan el rojo y el oro de las maderas lacadas. Asistido por dos de sus discípulos, ora solemnemente acompañado del sonido del gong y de los sistros. Advierto la sacralidad y el valor de una tradición milenaria, nacida siglos antes del nacimiento de Cristo. Más adelante, durante mi permanencia en Japón, también me encontraré con monjes de una gran altura moral. Y, como buen Misionero Oblato de María Inmaculada, me pregunto: en este ambiente, al igual que en el de los hindúes y musulmanes, ¿es posible anunciar el evangelio? En Japón los cristianos no son ni siquiera medio millón, en medio de una población que alcanza los 127 millones. Podemos decir que la Iglesia en este sentido está igual que en tiempos de san Francisco Javier. En realidad nuestros misioneros, que han abierto brecha en las religiones tradicionales, entre las minorías étnicas, apenas han logrado penetrar en el mundo de las grandes tradiciones religiosas.

Dejo de lado dichas preguntas, y, después de toda una tarde de encuentro de trabajo y diálogo, Nissho Takeuchi nos lleva a un hotel de alta clase social en el corazón de la ciudad, al que todos los meses viene para iniciar en la técnica de las relaciones humanas auténticas a centenares de dirigentes de empresas y hombres de negocios provenientes de todo el Japón. Después, antes de la cena, damos un paseo por el antiguo jardín tradicional de la meditación, con estrellas, rocas, pequeños lagos, bonsáis... En una sala preparada especialmente para nosotros, se nos ofrece una cena a base de pescado crudo, según el más puro arte culinario japonés, en un clima especial creado por la música de fondo, al que contribuye también la disposición de las orquídeas, y los mismos camareros y camareras elegantemente vestidos.

Y así se llega al momento adecuado para hacerle la siguiente pregunta: «¿Por qué no nos cuenta cómo nació su vocación monástica?». El reverendo Takeuchi parece sorprenderse, quizá porque nadie antes le había preguntado algo parecido. Y habla, y habla... En respuesta al don que nos había hecho, también yo le cuento mi propia vocación, mi primera oración repitiendo las

«El fruto del diálogo es la unión entre los hombres y la unión de los hombres con Dios, que es fuente y revelación de toda la verdad y cuyo Espíritu guía a los hombres a la libertad cuando estos van al encuentro unos de otros con sinceridad y amor»

palabras del apóstol Tomás: «Señor mío, Dios mío» (y tengo que explicarle todo el texto evangélico en donde se encuentran para que pueda entender lo de mi oración...). Se conmueve. Su rostro, austero y severo, se transfigura. El clima de confianza y de intimidad que se está creando me permite decirle: «Me parece que usted es como un niño del evangelio». Y le hablo del Evangelio, de Jesús. «Quisiera conocer también las experiencias de los demás», nos dice. Uno a uno, cada uno de los de nuestro grupo de cristianos, cuenta la experiencia del propio encuentro con Dios, las propias experiencias de vida.

La unidad, construida en los anteriores encuentros, produce sus frutos.

Hace tiempo que hemos acabado de comer, pero ninguno se mueve. Los camareros han hecho callar la música y, junto con los secretarios, están allí, inmóviles, escuchando. Veo que a muchos se les saltan las lágrimas. Cuando nosotros contamos nuestras historias es normal que citemos constantemente las palabras de Jesús. Quizá

nunca antes como ahora, en ese ambiente budista, me había dado cuenta de hasta qué punto nuestras vidas cristianas están impregnadas del Evangelio. Y el Evangelio fluye con naturalidad en cada una de nuestras narraciones. Por otra parte, no se aprecia la existencia de ninguna barrera, ninguna resistencia, ningún prejuicio. Las palabras de Jesús son acogidas con naturalidad y entran en los que las escuchan. Se experimenta aquella presencia de Dios entre nosotros de la que había hablado Juan Pablo II en la India.

¿Hemos evangelizado? Sí. No nos lo habíamos propuesto. Lo único que queríamos era devolver sencillamente la visita a un amigo. Nos habíamos interesado por sus cosas, por su templo, su trabajo, su mundo. Después él había querido también saber algo de nosotros. Y le hemos hablado de nuestras cosas, de nuestra vida cristiana, que no puede ser más que vida evangélica. De este modo, las realidades del evangelio se han transmitido y han sido acogidas: un evangelio anunciado a partir de la vida.

“Hacerse uno”

Nuestro diálogo nace del “hacerse uno” propio del amor, de la escucha sincera, del saber posponer aquello que se posee para acoger verdaderamente al otro, dejándole espacio dentro de nosotros, “vacíos” de nosotros mismos, movidos por el amor. Sólo así en el otro pueden despertarse y ponerse de relieve las *semillas del Verbo y los rayos del Espíritu* que están presentes y actúan en él, como nos decía el Vaticano II: solo el amor lleva a entrar en una relación gratuita con los hombres y mujeres de nuestro tiempo, hasta el punto de llegar a estar «*familiarizados con sus tradiciones nacionales y religiosas, descubriendo con gozo y respeto las semillas de la Palabra que en ellas laten... Como el mismo Cristo escudriñó el corazón de los hombres y los*

condujo con un coloquio verdaderamente humano a la luz divina, así sus discípulos, inundados profundamente por el espíritu de Cristo, deben conocer a los hombres entre los que viven, y tratar con ellos para advertir, en diálogo sincero y paciente, las riquezas que Dios generoso ha distribuido a las gentes; y, al mismo tiempo, esforzarse por examinar sus riquezas a la luz del evangelio, liberándolas y conduciéndolas al dominio de Dios Salvador» (AG 11). Se debe ir hacia el otro no buscando en primer lugar el anunciar sino el amor y el servir; pero después realmente se produce el anuncio, porque el amor necesariamente tiende a compartir lo que se tiene.

De hecho, si la escucha ha sido verdaderamente atenta, si el interesarse por el mundo del otro ha sido sincero, la ayuda concreta; si se han establecido relaciones de mutua estima, de amistad, también el otro se interesará por nosotros, es decir, a su vez “se hará uno” con nosotros. Y será el momento en el que podremos comunicar nuestra experiencia de fe, lo que da sentido a nuestra vida. Nuestro don será el don de lo que es más importante para nosotros: el evangelio vivido. La evangelización resultará así no un acto de arrogancia o una imposición, sino más bien un ofrecer, un compartir.

¹ Cf. F. Ciardi, *La giornata di Assisi 1986 riletta nell'esperienza di Marcello Zago*, en *Nuova Umanità*, XXXIII (2011/4-5) 196-197, pp. 547-564.

² *Marcello Zago, uomo del dialogo. Un'antologia*, F. Ciardi editor, Ancora, Milano 2007.

³ Discurso en el encuentro con los líderes religiosos en el Salón de reuniones del «Taman Mini Indonesia Indah» de Yakarta, 10 octubre 1989, en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, XII/2, pp. 838-839.

⁴ P. Rossano, *Il problema teologico delle religioni*, Ed. Paoline, Catania 1975, p. 44.

⁵ Discurso en el encuentro con exponentes de las religiones no cristianas en la Rajaji Hall de Madras (5 de febrero de 1986), en *Insegnamenti di Giovanni Paolo II*, IX/1, pp. 322-323.

Cómo preparar a las personas para el cambio

Santino Bisignano, o.m.i.

¿Cómo hacer ante los cambios tan rápidos y globales que afectan a la sociedad y a la Iglesia? ¿Qué actitudes asumir y qué programas de formación presentar? El artículo nos ofrece algunas indicaciones espirituales y pedagógicas desde una visión unitaria del hombre y de la historia.

«**F**ÍJATE en lo que haces y en dónde pones el cimientó». Esta máxima de san Agustín, fruto de su experiencia personal y como pastor, es una invitación a buscar y definir el fundamento de cualquier cambio que afecte tanto a los individuos como a los grupos y a la sociedad. Es una operación previa indispensable para evitar que el vocablo asuma significados no correctos o que sea utilizado en su sentido más superficial.

El hombre y la relación

El fundamento del término “cambio” es antropológico: el hombre, hijo de Dios en Cristo, está llamado a colaborar con Él para llevar a cumplimiento la nueva creación. En su ser se inserta el dinamismo del crecimiento que se expresa en la creatividad, en la tensión operativa del “ya” pero

“todavía no”, con etapas en las que convergen las instancias interiores con las realidades físicas, culturales y sociales, y con los objetivos.

Sentirse parte de la creación y corresponsable de la comunidad humana desarrolla la escucha, es decir, la capacidad de diálogo, la observación de la vida, la búsqueda, haciéndose así cultura, historia, descubrimiento continuo en el estupor de las *mirabilia Dei* y de las posibilidades de la persona humana, del misterio de Dios y del hombre. Por tanto, el cambio brota desde dentro, forma parte del dinamismo de la vida, del camino del crecimiento personal, de la evolución de la sociedad y del cosmos, en la variedad de sus expresiones y de los tiempos del pensamiento, del arte, de la genialidad creativa, de la lucha entre la luz y las tinieblas, entre la verdad y el espíritu mendaz.

La relación es constitutiva del cambio y

es condición y *humus* de las apelaciones para actuar mirando hacia adelante. Por tanto, no se comprende el cambio si no se parte de una visión global y unitaria de la persona, de la sociedad y de la historia y si no se entra en el dinamismo escatológico. El cambio se corresponde con algunas voces clave como: desarrollo, crecimiento, maduración, paso, conversión, transformación, nuevo comienzo, participación en la acción creadora de Dios y en el proceso de recapitulación de todas las cosas en Cristo (cf. *Ef* 1, 10), maduración en el seguimiento de Cristo. El cambio es personal, comunitario, social, cultural, externo a la persona e interior, espiritual, apostólico; es una opción voluntaria, o también comunicada por otros e impuesta; es programado con libertad y claridad creciente de objetivos, o causado por factores humanos o naturales a nivel mundial o particular.

La formación para el cambio, a cualquier nivel que se proponga, requiere, como primer momento educativo, tener conciencia de su fundamento y de la visión antropológica y cristiana del hombre y de la sociedad bajo la acción del Espíritu y en la experiencia colaboradora del hombre. Podemos resumir en cinco áreas la acción pedagógica, áreas que son interdependientes e interactivas, constituyendo una unidad diferenciada, un *unum* viviente.

Apertura o resistencia

La primera área es la formación de las actitudes respecto al cambio. Las actitudes son disposiciones individuales, mentales y afectivas, positivas o negativas, respecto a personas, situaciones, hechos, sucesos con los que se entra en relación. Respecto al cambio, podemos estar abiertos o tendencialmente cerrados, deseosos de crecer y descubrir realidades nuevas, o bien replega-

dos en la propia experiencia ante lo nuevo y sus exigencias por miedo, por inseguridad o por otros condicionamientos.

Ha de prestarse una atención especial a las actitudes de resistencia al cambio, es decir, a la nueva experiencia percibida no en sentido positivo, sino como amenaza a la propia integridad y una forma de presión frente a la organización de la propia vida y libertad.

Las mayores resistencias están vinculadas al yo; se dan cuando la persona se siente amenazada en su autoestima, en el valor de su vida, en la satisfacción de sus necesidades fundamentales, en sus proyectos y tareas de desarrollo y en su red de relaciones. Lo que la persona piensa de sí misma es como un mapa que cada cual consulta instintivamente para comprenderse a sí misma y sus posibilidades de desarrollo, sobre todo en los momentos de crisis, de cambios profundos, de entrada en situaciones o realidades extrañas a la propia experiencia, que exigen opciones significativas y radicales.

Esto se verifica a nivel mental, afectivo y comportamental. El conocimiento de las causas de resistencia y de sus consiguientes actitudes, así como el discernimiento y la reformulación de los objetivos preceden y acompañan a las opciones pedagógicas tanto a nivel espiritual como social. En esto la visión cristiana del hombre y la acción salvífica de Cristo, en cuanto realidad-don-compromiso, contribuyen a la adquisición de un sano equilibrio y a la apertura a lo nuevo.

Pero han de llegar a ser convicciones maduras en la vida y motivar las opciones realizadas cada vez con mayor libertad interior. El primer gran cambio que afecta al corazón de la persona es la conversión al Evangelio (cf. *Mc* 1, 15): creer y acoger a Cristo, su vida, su enseñanza, su misión, su presencia. En este encuentro, el cambio pone en marcha un proceso de transforma-

ción de todo el hombre, que se refleja en la sociedad y determina su red de relaciones y su forma de actuar.

Por tanto, la acción formativa se traduce en un acompañamiento confiado y estimulante, en la educación a la libertad, ayudados por la Palabra de Dios y por la certeza de la presencia del Señor, cuyo amor es nuestra fuerza. Se propone la maduración de las actitudes de apertura ante los caminos de la vida y ante la variedad de situaciones y reclamos contenidos en las nuevas fases de desarrollo, incluso ante los mismos obstáculos: ser positivos y confiados, constantes y creativos.

Estas actitudes ayudan, en la vida espiritual, a abrirse a la acción siempre nueva del Espíritu, a la confianza en las pruebas, al misterio del sufrimiento y de la Cruz, acogiendo y viviendo animados por las virtudes de la fe, la esperanza y la caridad, y las virtudes humanas.

Identidad personal

La segunda área es la identidad personal, el creciente esclarecimiento de “quién soy”, “cuánto valgo”, “qué puedo”, “cuáles son los valores de referencia y mis ideales de vida” como persona injertada en Cristo (cf. *Jn* 15, 4-5). La identidad madura en la experiencia cotidiana, en la relación con los demás y en el desarrollo de actitudes positivas respecto a uno mismo y respecto a quien forma parte del mundo externo, del grupo, de la comunidad cristiana o de formación, empezando por la propia familia. A la luz de la Palabra y en relación con Cristo Maestro y Señor, la identidad personal, que abarca el propio puesto en la sociedad y en la Iglesia, es el lugar de la comprensión de sí mismo, donde se encuentran los criterios para abrirse a las nuevas etapas de la vida concreta de cada día.

La formación al cambio halla orientación y significado a la luz de algunos iconos: la llamada, por ejemplo, de los Doce, que dejan padre, madre y todo para ponerse con radicalidad en el seguimiento de Cristo

Saber discernir es ciertamente un arte, pero también es un factor de libertad y de seguridad. Si en el discernimiento descubro los caminos del bien y el camino de Dios, esto me permite entrar en una nueva situación con todos mis recursos humanos y espirituales, fiándome de la acción del Espíritu, guía y Maestro interior.

y entrar en su visión de la vida, de Dios y de los demás; o bien el icono de la subida a Jerusalén, durante la cual el Maestro les enseña la lógica del amor al prójimo: pasar de ser servidos a servir hasta dar la vida por los hermanos.

No son pasajes fáciles, porque afectan a la mente y al corazón, tradiciones incorporadas y proyectos, historia personal y vínculos afectivos y sociales; tienen el sabor de “morir”, de “perder la propia vida”. Advierte el Señor: «*Quien pierda su vida por mi causa, la encontrará*» (*Mt* 16, 25). En este camino cada uno descubre, poco a poco, su verdadero rostro: que ser hijo de Dios y discípulo no es un título de honor o una tarea realizada, sino que es revelación de la propia identidad en el designio del Padre.

Valores y opciones

La tercera área es la de los valores y, por consiguiente, de las motivaciones y de las opciones. «*Habéis oído, pero yo os digo*» (*Mt* 5, 38-48), precedido por el programa de las

Bienaventuranzas (cf. *Mt* 5, 3-12) y por el Magnificat (cf. *Lc* 1, 46-55). Cada uno de nosotros nace y crece en un mundo cultural y lleva los signos de la fragilidad y de la debilidad en su relación con Dios y con el prójimo. En carne viva tiene lugar la confrontación entre los valores humanos y los pseudo-valores propuestos por la cultura o por el hombre agredido por el mal, o también la confrontación entre la visión del Padre y de Jesucristo y las formas de superstición, de secularismo y de integrismo religioso.

La formación al cambio comporta, como hizo el Maestro con los suyos, preparar a las personas en una experiencia integral de amor recíproco y hacia todos, entrando en el espacio de la enseñanza de Jesús y haciendo propios sus valores: su visión, su estilo de vida, su pasión. Piénsese en el Padre nuestro, en los discursos de la Última Cena, en los acontecimientos de la Pascua. ¿No sucedió así con el pueblo elegido para que fuese capaz de reconocer y de acoger al Mesías?

La acción formadora ayuda a comprender la diversidad de reacciones frente a los valores según son percibidos: de acogida si son enriquecedores y que ayudan a madurar, de defensa si se consideran como una amenaza. Ofrece, además, los criterios para la elección del bien y de la verdad del Evangelio y es, al mismo tiempo, un camino de maduración de la persona, de la comunidad y de ampliación de los espacios de la mente y de la caridad.

Los valores de comunión, de la fraternidad y del amor recíproco, si por una parte provocan una creciente purificación, por otra son factores de desarrollo personal y de la sociedad (cf. *GS* 38.40), y de descubrimiento de la variedad y de la belleza de los pueblos y de sus culturas, del genio del hombre, así como de sus pobrezas morales.

Discernimiento

El área del discernimiento completa las áreas precedentes. Saber discernir es ciertamente un arte, pero también es un factor de libertad y de seguridad. Si en el discernimiento descubro los caminos del bien y el camino de Dios, esto me permite entrar en una nueva situación con todos mis recursos humanos y espirituales, fiándome de la acción del Espíritu, guía y Maestro interior.

Esto comporta también la experiencia del desierto (cf. *Mt* 4, 1-10), de la lucha, de las pruebas, cuya finalidad es la maduración del “hombre nuevo”, para que se realice plenamente —es decir, para que sea el nombre nuevo escrito en la *«piedrecita blanca, que nadie conoce, salvo el que lo recibe»* (*Ap* 2, 17)—, y esté preparado para trabajar en beneficio de los hermanos, según el diseño de amor del Padre, también en las situaciones nuevas, difíciles y complejas.

En el discernimiento ayuda mucho constatar la acción educativa del Espíritu en los Apóstoles, en los Padres de la Iglesia, en los fundadores y en los creyentes fieles hasta el martirio de la sangre o el martirio del amor silencioso en lo cotidiano.

El sentido de la historia

La última área para educar las personas a afrontar cualquier cambio es el sentido de la historia, la capacidad de leer la historia y descubrir en ella las fases de maduración de la sociedad, los valores permanentes que han hecho florecer siempre a los pueblos en la libertad y las violaciones institucionalizadas que han oprimido al hombre y que, a pesar su poder, han acabado por desaparecer.

La lectura de la historia en el discernimiento, estando injertados en Cristo, ayuda a descubrir la pedagogía de Dios en la obra de la salvación, el significado eclesial y so-

cial de la gran variedad de carismas que Él concede para el bien de la Iglesia y de la sociedad, de los pobres y de todos, y ofrece como imágenes luminosas la vida de los testigos de Cristo y del Evangelio. Hoy tenemos una gran necesidad de ellos, ya que hemos entrado en una nueva época, riquísima y llena de lacerantes contradicciones.

«Lo que necesitamos sobre todo en este momento de la historia son hombres que, a través de una fe iluminada y vivida, hagan creíble a Dios en este mundo. Necesitamos hombres que tengan la mirada dirigida hacia Dios, aprendiendo de allí la verdadera humanidad. Necesitamos hombres cuyo intelecto esté iluminado por la luz de Dios y a los cuales Dios abra el corazón».

La formación al cambio conduce a entrar con Cristo y con los hermanos, con decisión, en la actual nueva etapa de la vida del hombre y de la historia de los pueblos. Las transformaciones y lo nuevo se perciben, bajo la acción del Espíritu, como portadores de la llamada a comprometernos a caminar con la historia del hombre contemporáneo –nuestra “casa” porque es la casa del Verbo encarnado–, y a construir con los demás un futuro de paz, de justicia, de fraternidad real, una sociedad digna de la persona humana redimida por Cristo.

Como para cada nueva etapa de la vida, la puerta de entrada es siempre la primera bienaventuranza: «Dichosos los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos» (Mt 5, 3): un principio pedagógico luminoso y fecundo. Los apóstoles, dejadas las redes, su padre y todo, lo siguieron, pero luego re-encountaron su pasado religioso y la realización de sus esperanzas en la explicación de

Cristo en el camino de Emaús (cf. Lc 24, 25-27). Todo se ilumina también para nosotros, y cada detalle de la vida de la Iglesia y de la sociedad –de cualquier persona– adquiere sentido y plenitud en la unidad del designio de Dios.

El camino que lleva a actuar el cambio va adornado de silencio y oración a la luz de la Palabra, de sabiduría y clarividencia, de estupor y búsqueda, de pasión y sufrimiento por el Reino, para que la humanidad llegue a ser «familia de Dios» (Gs 40). Hay que ser sagaces y resolutivos, con un corazón sencillo y apasionado, constantes en el amor que vence el mal con el bien (cf. Rm 12, 21).

Preparar el cambio conduce al centro del proceso de formación: el hombre, el misterio del hombre, que solo en el misterio del Verbo encarnado halla plena luz y le es revelado el hombre al hombre y su altísima vocación (cf. GS 22). Y, revelándonos que «Dios es caridad» (1Jn 4, 8), «nos enseña que la ley fundamental de la perfección humana, y también de la transformación del mundo, es el mandamiento nuevo de la caridad» (GS 38).

¿Y de qué tiene necesidad la sociedad de hoy para reencontrarse a sí misma en esta nueva época recién iniciada de su historia? «Lo que necesitamos sobre todo en este momento de la historia son hombres que, a través de una fe iluminada y vivida, hagan creíble a Dios en este mundo. Necesitamos hombres que tengan la mirada dirigida hacia Dios, aprendiendo de allí la verdadera humanidad. Necesitamos hombres cuyo intelecto esté iluminado por la luz de Dios y a los cuales Dios abra el corazón, de modo que su intelecto pueda hablar al intelecto de los demás y su corazón pueda abrir el corazón de los demás. Sólo a través de hombres que son tocados por Dios, Dios puede volver a los hombres»¹.

¹ J. Ratzinger, *L'Europa nella crisi delle culture*, Subiaco, Monasterio de Santa Escolástica, 1 abril 2005.

Para una sociedad intercultural

Paolo Monaco, s.j.

Frente a los interrogantes que surgen en la sociedad multicultural, Chiara Lubich ofrece una respuesta: hay que pasar a una sociedad intercultural, marcada por el diálogo y por el amor recíproco entre las distintas culturas. El artículo ofrece una lectura del discurso pronunciado el 19 de junio de 2004 en el Westminster Central Hall de Londres ante más de dos mil personas, entre ellas personalidades musulmanas, budistas, sikh e hindúes. Actualidad de una palabra profética.

MIGRACIÓN imparable desde y hacia los cuatro extremos del planeta: Norte, Sur, Este y Oeste forman parte de un único horizonte planetario. ¿Quién puede decir hoy dónde se darán en el futuro próximo las mejores y más convenientes condiciones de vida? La crisis global económica y financiera, con todas sus ramificaciones mafiosas, está radicalizando las desigualdades sociales: ¿quién vivirá mañana en la riqueza y quién en la pobreza? En nombre de la pura supervivencia, muchos se sienten obligados a aceptar chantajes que anulan la dignidad de la persona, reducida con frecuencia a moneda de cambio.

Sabemos que nos hallamos en un cambio de época, pero no logramos delinear sus

perspectivas, determinar las categorías para expresar lo que vivimos. Es una noche colectiva y cultural que puede generar frustración, fracaso, sufrimiento, ira, violencia y destrucción en las relaciones sociales de las personas y entre los estados.

¿Qué fe en la actual situación?

La primera realidad a la que Chiara apela, siguiendo el ejemplo de san Agustín, es la fe: «*En una situación en cierto modo semejante a la nuestra, se halló un gran santo y doctor de la Iglesia, Agustín de Hipona, el cual, ante el derrumbamiento del Imperio Romano bajo la presión de las migraciones de los pueblos del Norte y del Este, tuvo la gracia y la amplitud de miras de ayudar a la conciencia cristiana a com-*

prender que el desbarajuste de las civilizaciones que estaba sucediendo ante los ojos de todos sus contemporáneos, no era el fin del (su) mundo, sino el nacimiento de un mundo nuevo.

Su visión provenía de la fe y de la convicción de que Dios no está ausente de la historia. De hecho, el amor de Dios es tal que sabe dirigirlo todo hacia el bien, como dice san Pablo: “Todo concurre al bien de los que aman a Dios” (Rm 8, 28). Me parece que ahora es esta misma fe la que también debe sostenernos a nosotros y guiarnos en la actual situación».

La fe de la que habla Chiara creo que no es identificable solamente con la profesión de un credo religioso. Es también una orientación fundamental de la existencia, una actitud positiva de esperanza en la vida y en el ser humano, es compartir los grandes valores humanos como la justicia, la solidaridad, la paz, los derechos humanos, que ante todo hace de todas las personas, creyentes o no, hermanos de la única familia humana.

Es una visión de la humanidad, de las relaciones a todos los niveles, que coloca la fraternidad como principio y fundamento de la existencia. Antes que creer en una determinada referencia religiosa, hay que creer que mi felicidad personal dependerá de cómo haya vivido mi relación con el otro, de la respuesta que haya dado a esta simple pregunta: ¿quién es para mí el otro, sea quien sea, y quién quiero ser yo para él?

Antes que por la fe, tengo que preguntarme por la “espiritualidad” vivo, qué espíritu anima y orienta mi modo de sentir, pensar, querer, decidir, en una palabra, vivir.

Si ese modo de vivir es “individual”, que pone en el centro “mi” bien, sea personal o de grupo, que tiende a obtener “algo más” del otro, admitiendo incluso que esta desigualdad es querida “desde lo alto”, si no “por Dios” (cuántos creyentes, cristianos incluso, siguen pensando de este modo); así

el otro se convierte en un contrincante, un enemigo potencial, del cual he de defenderme o someterlo a mi poder.

«Conocer la religión del otro implica entrar en la piel del otro, ver el mundo como él lo ve, penetrar en el sentido que tiene para él ser budista, musulmán, hindú...». No es esto algo sencillo, sino que exige el vacío total de nosotros, pide quitar de nuestra cabeza las ideas, del corazón los afectos, de la voluntad cualquier cosa para identificarnos con el otro».

O puede ser un modo de vivir en “comunidad”, que pone en el centro el bien común de la familia humana, el reconocimiento de que todas las personas tienen el mismo derecho a utilizar los bienes de esta tierra, que realice en proyectos concretos el principio de que nadie ha recibido “desde lo alto” un “algo más” de posibilidades, que proponga la felicidad como una meta que hay que alcanzar juntos en la fraternidad y en la participación de los bienes. Añade Chiara Lubich: *«¿Cómo se puede pensar la unidad y la fraternidad, en la sociedad y en el mundo, sin la visión de la humanidad entera como una sola familia? ¿Y cómo verla así sin la presencia de un Padre de todos y para todos?... El Evangelio dice que Él cuenta hasta los cabellos de nuestra cabeza (cf. Lc 12, 7), y el Corán, que “él está más cerca de nosotros que la vena yugular” (s. 15, 16)».*

La fuerza del amor

Hoy el mundo tiene necesidad de un nuevo humanismo (cristiano) que sepa hablar a todos, que vuelva a la raíz de la misma experiencia de fe para encontrar un

Dios, Padre, Amor, que solo tiene un deseo: que los hombres se amen entre sí. Para realizar la fraternidad con todos hay que hacer propio el deseo de Dios y «vivir el amor que late en el fondo de todo corazón humano, el cual, para los seguidores de Cristo, es el ágape, que es una participación en el amor mismo que es Dios, y, para quien sigue otras creencias religiosas, es un amor que procede de la “regla de oro” que embellece a muchas religiones y que dice: “Haz a los demás lo que querrías que te hicieran a ti” (cf. Lc 6, 31), o bien: “No hagas a los demás lo que no querrías que te hicieran a ti” (cf. Tb 4, 15)... Amor que, para las personas de culturas sin una referencia religiosa, puede significar filantropía, solidaridad, no violencia».

Hay en las palabras de Chiara un evidente fundamento antropológico: el amor identifica al ser humano. Por tanto, amar no es algo que se añada a la identidad de la persona como una virtud de la cual se podría prescindir. No. Si el hombre ama, entonces es; y si no ama, no es. Si ama, construye la fraternidad y afirma su identidad; si no ama, lesiona el tejido social y desfigura su rostro.

Pero ¿cuáles son las características de este amor que habita en el corazón de todos? Chiara nos lo explica con gran sencillez y claridad, con esa “debilidad” que es el signo de la verdad: «Este amor evangélico se dirige a todos, a todos: al simpático y al antipático, al guapo y al feo, al que es de mi patria y al extranjero, al de mi cultura o de otra, de la mía o de otra religión, sea amigo o enemigo...

Es un amor que impulsa a ser los primeros en amar, siempre, sin esperar a ser amado, como hizo Jesús, el cual, cuando todavía éramos pecadores y por tanto no amábamos, dio su vida por nosotros.

Es un amor que considera al otro como a uno mismo, que ve en el prójimo la imagen de sí mismo. Decía Gandhi: “Tú y yo somos una sola cosa. No puedo hacerte daño sin herirme a mí”.

Este amor no está hecho solo de palabras o de sentimientos, sino que es concreto. Exige que nos hagamos uno con los demás, que “se viva” en cierto modo “el otro” en sus sufrimientos, en sus alegrías, para comprenderlo, para poder servirlo y ayudarlo concreta y eficazmente. Se trata de llorar con el que llora y alegrarse con quien está alegre. Hacerse uno... para poder establecer con todos un verdadero y fraterno diálogo».

Sociedades interculturales

“Diálogo” es otra palabra fuerte, hoy a menudo olvidada. En las palabras de Chiara hay algo desconcertante. Después de haber explicado en síntesis qué es el diálogo, dice: «Se ha escrito: “Conocer la religión del otro implica entrar en la piel del otro, ver el mundo como él lo ve, penetrar en el sentido que tiene para él ser budista, musulmán, hindú...” No es esto algo sencillo, sino que exige el vacío total de nosotros, pide quitar de nuestra cabeza las ideas, del corazón los afectos, de la voluntad cualquier cosa para identificarnos con el otro.

«...es preciso difundir entre el mayor número posible de personas la idea y la práctica de la fraternidad, y, dada la amplitud del problema, de una fraternidad universal. Los hermanos saben pensar en los hermanos, saben cómo ayudarlos, saben compartir lo que tienen».

Se trata de aparcar momentáneamente incluso lo más hermoso y más grande que poseemos: nuestra misma fe, nuestras mismas convicciones, para poder ser nada ante el otro, pero una “nada de amor”. Así nos ponemos en situación de aprender, porque siempre realmente hay que aprender de todos».

Apartarlo todo, incluso mi fe y mis convicciones, para ser una “nada de amor”, o

dicho en otros términos: si yo, cristiano, quiero dialogar con otro (sea creyente o no), debo posponer en ese momento mi relación con Dios, debo hacerme –permítaseme la expresión– como uno que está “sin Dios”.

Y llegamos así al corazón del discurso de Chiara: el paso de la sociedad multicultural a la sociedad intercultural. *«Si estamos animados por el amor –continúa–, el otro puede manifestarse, porque encuentra en nosotros a quien lo acoge; puede darse, porque halla en nosotros a quien lo escucha. Y entonces conseguimos conocer su fe, su cultura, su lenguaje; entramos en su mundo, nos inculturamos de algún modo en él y salimos enriquecidos. Y con esta actitud contribuimos a hacer que nuestras sociedades multiculturales se conviertan en interculturales, es decir, compuestas por culturas abiertas unas a otras en profundo diálogo de amor entre ellas».*

¿En qué puede fundamentarse la interculturalidad? Su fundamento está en las *«semillas del Verbo”... que el amor de Dios ha depositado en cada religión»* y sobre *«los valores meramente humanos... que el Señor, creándonos, ha diseminado en toda alma y en toda cultura»*. Estas semillas y valores se despiertan en nuestros corazones por una presencia misteriosa: *«El Espíritu Santo, que siempre está presente cuando se ama»*. Este intercambio de dones crea un clima de comunión en el cual *«la verdad se va revelando poco a poco y nos sentimos hermanados por ella»*.

Religiones por la paz

«La fraternidad verdadera, real y sentida –continúa Chiara– es el fruto de un amor capaz de hacerse diálogo, relación, de un amor que, lejos de cerrarse orgullosamente en su propio recinto, sabe abrirse hacia los demás y colaborar con todas las personas de buena voluntad para construir juntos la unidad y la paz en el mundo».

El papel de las religiones se vuelve esencial en la medida en que ellas son capaces de caminar juntas. Chiara misma, gran protagonista, aunque a menudo desconocida, del diálogo interreligioso, se plantea una pregunta que en absoluto parece retórica: *«¿Pero las religiones en su conjunto pueden asociarse en el camino de la paz?».*

Las tensiones presentes en el mundo, alimentadas a propósito por quien quiere alcanzar objetivos de predominio sobre los pueblos, salpican desgraciadamente también a los creyentes. Alguien ha dicho que si se abolieran las religiones, el mundo encontraría la paz. Otros, pensando que el diálogo interreligioso es superfluo e inútil, intentan resucitar actitudes del pasado “en defensa de la (verdadera) fe”.

La verdad es que la causa más profunda de las tensiones sociales que todos experimentamos es *«el sufrimiento insoportable frente a un mundo rico para una quinta parte y pobre para cuatro partes del mismo, que ha generado y genera resentimientos incubados en los ánimos desde hace tiempo, violencia y venganza. Se exige más igualdad, más solidaridad, sobre todo un reparto más equitativo de los bienes».*

Pero, como es sabido, los bienes no se mueven por sí solos, no andan por sí mismos, ¡hay que mover los corazones, hay que poner en comunión los corazones! Por esto es preciso difundir entre el mayor número posible de personas la idea y la práctica de la fraternidad, y, dada la amplitud del problema, de una fraternidad universal. Los hermanos saben pensar en los hermanos, saben cómo ayudarlos, saben compartir lo que tienen».

¿Qué hacen los Estados?

La mirada de Chiara va más allá de los confines de las religiones. Se amplía a las relaciones internacionales, hasta denunciar la pasividad de los Estados para asumir decisiones que realmente vayan en la direc-

ción del bien común universal: «¿De quién sino de las grandes tradiciones religiosas podría partir la estrategia de la fraternidad capaz de marcar un giro incluso en las relaciones internacionales?»

Los enormes recursos espirituales y morales, la aportación de idealismo, de aspiraciones a la justicia, el compromiso a favor de los más necesitados, junto a todo peso político de millones de creyentes que brota del sentimiento religioso, transportados al campo de las relaciones humanas, podrían traducirse sin duda en acciones que influyeran positivamente en el orden internacional.

«Sueño con que un día los hombres... se den cuenta de que han sido creados para vivir juntos como hermanos... y que la fraternidad... esté en el orden del día de un hombre de negocios y en la agenda del hombre de gobierno».

Mucho se está haciendo en el campo de la solidaridad internacional por parte de organizaciones no gubernamentales; lo que falta es que los Estados hagan suyas esas opciones políticas y económicas idóneas para construir una comunidad fraterna de pueblos comprometida en realizar la justicia. Porque, frente a una estrategia de muerte y de odio, la única respuesta válida es construir la paz en la justicia; pero sin fraternidad no hay paz. Sólo la fraternidad entre individuos y pueblos puede asegurar un futuro de convivencia pacífica».

Releyendo estas palabras, pienso, por ejemplo, en los Estados europeos que, con esfuerzo y mil reticencias, no son capaces de moverse hacia una verdadera Europa política que sepa replantearse a sí misma de un modo nuevo, como promotora de nuevos procesos económicos e industriales que respondan a las exigencias reales de los pueblos: agua, comida, medicinas, educación, etc. para todos.

¿Utopía, sueño o realidad?

Chiara cita una bellísima frase de Martin Luther King: «Sueño con que un día los hombres... se den cuenta de que han sido creados para vivir juntos como hermanos... y que la fraternidad... esté en el orden del día de un hombre de negocios y en la agenda del hombre de gobierno»¹.

¿Es solo un sueño, una utopía que recorre los siglos para seguir sin ser escuchada, una (inútil) voz en el desierto? Si así fuera, ¡pobres de nosotros!

«Pero quien ha ideado y traído esta verdad como don esencial a la humanidad –continúa Chiara–, ha sido Jesús, que oró así antes de morir: “Padre, que todos sean una sola cosa” (cf. Jn 17, 21)”.

En esta oración funda Chiara su fe y confianza de que se realizará la fraternidad, plan de Dios sobre la humanidad, porque es la oración de un Dios que ha decidido habitar por siempre “en medio de nosotros”, de hacerse presente allí donde dos o más personas se abren la una a la otra «en un diálogo hecho de benevolencia humana, de estima recíproca, de respeto, de misericordia».

Lo que es imposible a los hombres aislados entre ellos, parece posible «a gente que ha hecho del amor mutuo, de la comprensión recíproca, de la unidad, el motor esencial de su vida». Porque la presencia de Dios en medio de nosotros es «el gran fruto de nuestro amor recíproco y la fuerza secreta que da vigor y éxito a nuestros esfuerzos para llevar a todas partes la unidad y la fraternidad universal... ¿Qué garantía mejor que la presencia de Dios, qué posibilidad superior puede existir para aquellos que quieren ser instrumentos de fraternidad y de paz?».

¹ M. L. King, *Discurso la víspera de Navidad*, Atlanta 1967.

Tlemcen, nacimiento y desarrollo de un movimiento musulmán

Bennie Callebaut

En la historia ha sucedido a menudo que la situación de una porción de humanidad llega a transformarse por la fuerza generadora de un carisma. Así sucedió el pasado siglo en el Maghreb, en Argelia, a través del Movimiento de los Focolares.

ESTAMOS en el Magreb, concretamente en Argelia, es octubre de 1966, pocos años después de la independencia de la nación (1962). Estamos en un mundo musulmán, con una presencia cristiana que, siendo de 60.000 en 1966, al comienzo del tercer milenio ha quedado reducida a unos 5.000 fieles, aún menos que una minoría.

El contexto global

El país, en 1966, seducido por la modernidad occidental, se encuentra en plena fase de modernización. Es gran productor de petróleo y gas, pero con problemas de reestructuración en el sector agrícola; con una población joven y alta tasa de nacimientos, pero con un desarrollo industrial insuficiente para colmar las expectativas de ocupación de las nuevas generaciones; también por falta de personas autóctonas preparadas para cubrir los puestos que quedaron al descubierto después de la partida en masa de

los franceses, que abandonaron Argelia con la independencia. Es una sociedad estructurada con la presencia de un ejército fuerte y una élite social que busca su identidad mirando a los países de políticas de tipo socialista. Solo en los últimos años es cuando se recurre –al menos en parte– a un discurso de identidad “islámica”.

El Islán argelino no es considerado como de gran profundidad cultural y de peso en el mundo musulmán. La religiosidad es más bien de tipo popular y bastante abierta a lo extranjero. En aquellos años sesenta está sobre todo lejos de las corrientes más exclusivistas –tipo *wahabitista* por ejemplo– y antioccidentales. Pero todo esto, en el curso de los años 80, irá cambiando y trastornará los equilibrios existentes en el panorama socio-religioso.

Los agentes principales

En este contexto se inserta el Movimiento de los Focolares, unido a la Iglesia cató-

lica y a la presencia cristiana en general. Son los primeros años de expansión del Movimiento fuera de Europa. Argelia representa la primera confrontación con el mundo musulmán, y el desafío radica en hallar el camino para llevar el carisma de la unidad también a las relaciones entre musulmanes y cristianos. El sueño y la utopía focolarina se basan en la certeza de que Dios quiere la fraternidad de todos los hombres. Pero en aquel momento tal sueño no corresponde todavía a nada concreto, a algo realizado. Convencidos de que se dan bastantes puntos de coincidencia entre la religiosidad musulmana, fuertemente colectiva, y la experiencia comunitaria focolarina, acogen solo a algún musulmán que había tenido un cierto contacto con los Focolares en Europa.

La ocasión concreta para establecerse en Argelia llega a través de un religioso benedictino, dom Walzer, el cual había huido ante el peligro hitleriano al ser uno de los primeros denunciantes en 1933 de los riesgos que corría Alemania con la victoria del nacional-socialismo. Walzer había soñado algo análogo al sueño focolarino, pero su proyecto radicado en Tlemcen, en una casa (convento) de encuentro y hospitalidad, está a punto de desaparecer, porque él ya es anciano, está al final de su vida y no tiene quien le pudiera suceder. Así que la propuesta coincide perfectamente con la intención fundamental de los Focolares, que es ayudar a este mundo a multiplicar las experiencias de fraternidad real.

De hecho, los focolarinos no pretenden de ningún modo convertir a nadie a la propia religión. Lo que ellos quieren es descubrir, juntos, los caminos de una más profunda convivencia entre musulmanes y cristianos. En este horizonte del bien común, se encuentran en profunda sintonía con la Iglesia argelina que, sobre la huella de una de sus grandes figuras, Charles de Foucauld,

busca un modo de presencia no invasivo junto al mundo musulmán. «*Aquí en Argelia no se puede presentar el cristianismo si no es a través del amor fraterno y de la unidad vivida*», dirá a los focolarinos el cardenal Duval de Argel cuando llegaron en 1966. Unas palabras tan profundamente en sintonía con el espíritu de ellos, los focolarinos solo podían soñarlo.

Su inserción en la sociedad civil contará también con una figura histórica de la sociedad argelina, el padre Bérenguer, dominico, que llegaría a ser un miembro del Movimiento. Como religioso cristiano se había opuesto al régimen colonial y se había convertido por algún tiempo, como “héroe” nacional de la independencia, ministro de Asuntos exteriores del joven gobierno. Su gran personalidad, por todos respetada, siempre protegerá la experiencia de los Focolares y ayudará a encontrar confianza en las autoridades civiles.

El tercer protagonista es el pueblo musulmán argelino del que ya hemos especificado su carácter popular y abierto.

De un tronco católico un fruto musulmán

Damos un salto y llegamos a los resultados después de medio siglo de presencia del Movimiento de los Focolares en Argelia. Aunque con proporciones modestas en cuanto a cifras absolutas, el resultado es sorprendente. Como éxito de un largo proceso social nos encontramos ante la existencia de un Movimiento de los Focolares musulmán, profundamente enraizado en la realidad global de los Focolares, pero comprometido también en un proceso de radicación en la realidad islámica, que ofrece el rostro de un Islam que ha encontrado un modo positivo y fraterno de conjugar identidad y apertura.

¿Cómo un tronco católico puede dar un fruto musulmán? Este hecho representa una

novedad inédita, porque ¡alguna barrera plurisecular ha saltado aquí! Más que representar un fenómeno social de masas, hay que mirar más bien su importancia en el plano simbólico. Es como si asistiésemos a un cambio genético. ¡Una linfa católica hace crecer un árbol musulmán!

En una perspectiva histórica asistimos a una verdadera novedad. En Argelia los dominicos, los misioneros de África, los Hermanos de Foucauld, ¿llegaron a un tal resultado? ¿Consiguieron reunir juntos a su alrededor a una corona así de musulmanes que compartieran, en cuanto musulmanes, el espíritu de Domingo de Guzmán, de Lavignerie, de Charles de Foucauld?

Si consideramos la presencia más que centenaria en la Iglesia argelina de varias órdenes religiosas de gran relieve, con personas cultural y profundamente preparadas, que conocían la lengua, que aportaron tanto a este país en la educación escolástica y en los cuidados hospitalarios, hay que concluir que el resultado nunca fue de este tipo; nunca se llegó a desarrollar lo que los Focolares han llegado a hacer con medios mucho más modestos y en pocas décadas.

Obviamente hay que comparar lo comparable. La Iglesia argelina nunca tuvo como misión la de desarrollar una corriente islámica. Tal vez solo después del Concilio Vaticano II se podía comenzar a pensar en una cosa del género, porque solo a partir de este momento nace la posibilidad del diálogo interreligioso.

No hay que olvidar que, mucho antes de la llegada de los Focolares, para mucha gente musulmana los hombres de la Iglesia católica y muchos otros cristianos gozaban de la estima personal y de amistad, hasta en algún caso de veneración por la excepcional altura moral y religiosa. Existía, por tanto un capital de simpatía entre musulmanes y cristianos y los Focolares lo aprovecharon plenamente.

Ulises Caglioni

Hay que subrayar que todo esto fue naciendo de la vida. Los Focolares llegan a Argelia a Tlemcen, ciudad cercana a Orán y a la frontera con Marruecos, en octubre de 1966, recibiendo de los padres benedictinos el convento ya citado, donde comenzaron a vivir tres. En el país apenas tenían algún amigo musulmán que los Focolares habían conocido en Europa. El vínculo inicial es por tanto débil.

«Los momentos más bonitos eran cuando nos intercambiábamos nuestras impresiones y experiencias. Entonces nuestras relaciones llegaban a ser profundas, cada uno estaba dispuesto a escuchar y a acoger al otro. Esto nos llevaba a una vida de grupo tan extraordinaria que nos dejaba enganchados; cada uno estaba seguro de poder contar con los otros y el cerco de los amigos se iba alargando cada vez más»».

Ulises Caglioni es uno de los tres y permaneció allí casi hasta su muerte en 2003. Personifica la historia colectiva más que cualquier otro. La intuición es la de establecer relaciones fraternas con los musulmanes, como escribe el mismo Ulises: *«Mantener la continuidad en las relaciones con ellos, que hasta este momento han sido solo ocasionales»*. Existe por tanto un proyecto, pero poco o nada calculado, es más intuición que un programa articulado.

Los focolarinos fueron acogidos muy bien por la Iglesia local, pero este factor solo funciona como un trampolín. La Iglesia comprometida en un diálogo respetuoso con el mundo musulmán, sostendrá siempre a los Focolares en este esfuerzo. Pero concretamente casi todo está por hacer,

aunque la población reacciona positivamente ante la venida de un nuevo grupo de “hombres de Dios” y “manifiestan una gran esperanza”. Todos concuerdan en decir que Ulises será el hombre de la situación, se integrará de un modo admirable, y se hará apreciar en un ambiente que verdaderamente parece, a pesar de la diversidad, connatural a sus talentos humanos y al estilo de vida cristiana que le es propio.

«El amor de Ulises por Dios, que demostraba también por nuestra tierra, era mucho más fuerte que el miedo y que la violencia. Para sostenernos, desdramatizaba cuanto sucedía cada día a nuestro alrededor y lo hacía sobre todo con su comportamiento. Mirándolo, teníamos la impresión de que no existía el terrorismo para él».

No es ni siquiera el responsable del primer grupo, es mecánico, un hombre con manos de oro, hace apenas un año que habla el francés, pero los testimonios concuerdan en considerarlo un tipo de un gran corazón y de pocos discursos. Un tipo que siente intuitivamente cómo vivir con el pueblo argelino, gente sencilla, hospitalaria, de religiosidad real pero poco elaborada, que tiene necesidad de ver concretamente de qué pasta estás hecho antes de entablar una relación.

Por numerosas anécdotas parece que Ulises, en el recuerdo de sus amigos argelinos, responde a un tipo generoso, que no hace cálculos, para el que cada uno que encuentra es único, singular. Un ejemplo contado por su hermana Gemma: «Ulises había conocido a Djamilia, una mujer joven de una familia de beduinos, muy pobre y carente de lo necesario para vivir. Cuando su madre se puso enferma gravemente, se hizo cargo de ella. Vivía cerca del Focolar, por eso podía ir a visitarla todos los días.

Mantén frecuentes contactos con el médico y permanecía junto a ella de día y de noche sin escatimar nada, hasta que la madre se curó. Después se ocupó de los hijos, que corrían el riesgo de morir de hambre».

Uno de los compañeros de Ulises cuenta: «Había muchos aspectos que, según nuestra mentalidad, no podían compartirse, como la clara inferioridad atribuida a la mujer; la misma familia, no basada sobre la idea del amor recíproco de los esposos... No estábamos acostumbrados al encuentro con una cultura tan distinta de la nuestra. Tuvimos que hacer, por tanto, una conversión profunda. Ulises era maestro en esto y nos ayudaba con su ejemplo a aceptar al otro tal como era, sin exigir nada. Comenzamos a mirar a este mundo no ya con nuestros esquemas, sino con sus ojos, sin juzgar, apuntando solo a lo positivo y a lo que nos unía».

En 1966 Ulises solo tiene 23 años. Incluso más tarde, en los períodos más difíciles de la historia argelina, es muy consciente de la situación, pero se mostrará también capaz de trascender la situación y arrastrar a sus amigos a esta capacidad de no dejarse apresar por las circunstancias trágicas de los años 90. Escribe una musulmana muy cercana a los Focolares: «El amor de Ulises por Dios, que demostraba también por nuestra tierra, era mucho más fuerte que el miedo y que la violencia. Para sostenernos, desdramatizaba cuanto sucedía cada día a nuestro alrededor y lo hacía sobre todo con su comportamiento. Mirándolo, teníamos la impresión de que no existía el terrorismo para él».

Relaciones sencillas

Y escribe él mismo en 1967: «Si llegamos a que se instaure un diálogo, será porque habremos comenzado a escuchar y a servir a Dios en nuestros prójimos».

Cuenta otro de sus compañeros: «Las relaciones con los musulmanes nacieron sobre todo a través de los sencillos contactos que se tenían con

«Has creado un oasis de paz, un lugar de encuentro, de diálogo y de espiritualidad... Has sido un ejemplo magnífico de coherencia. Y así has conquistado el corazón de centenares de argelinos, que te han conocido y te han imitado... Mi querido Ulises, tu misión continuará y está en buenas manos».

los vecinos, con el vendedor, con el albañil... Eran relaciones personales que Ulises cultivaba con esmero, como también hacían sus compañeros profesores con los alumnos. Gérard Denis, que era profesor de música, tenía un grupito de alumnos que quedaron interesados por su manera de ser, por su actitud en la relación con ellos y por la unidad que, entre ellos, vivían "estos italianos". Enseguida estalló una amistad auténtica y, al final de los años 60, varios muchachos entraron en contacto con el Focolar».

Actuar cristianamente no es un sentimiento, un estado de ánimo, una intencionalidad; es ante todo una vida vivida. En el relato de uno de los jóvenes musulmanes, Farouk Mesli, se comprende que la praxis no excluye estos elementos, pero que la relación de comunión nace de la vida concreta.: «Íbamos con frecuencia para encontrarnos con estos jóvenes cristianos; aprendíamos cantos, hacíamos algún trabajillo, pero los momentos más bonitos eran cuando nos intercambiábamos nuestras impresiones y experiencias. Entonces nuestras relaciones llegaban a ser profundas, cada uno estaba dispuesto a escuchar y a acoger al otro. Esto nos llevaba a una vida de grupo tan extraordinaria que nos dejaba enganchados; cada uno estaba seguro de poder contar con los otros y el cerco de los amigos se iba alargando cada vez más».

Son innumerables los ejemplos de la actuación concreta de Ulises y de sus compañeros. Testimonia Didir Lucas: «Con Ulises no había muchos discursos, lo que importaba

era la vida. Nos entendíamos en seguida, no había problemas ni dificultades. Una cosa que siempre me impresionaba era que lo daba todo por el hermano, olvidándose de lo demás. Aunque hubiesen otras cosas que hacer, que yo creía importantes, como por ejemplo un encuentro que había que preparar, él posponía siempre cualquier cosa: le empujaba tener contento al hermano. A veces, a las ocho de la tarde, íbamos al taller a reparar un coche y nos quedábamos así hasta las dos de la madrugada. No se detenía en horarios, porque Ulises estaba hecho así, pero también porque quería complacer a la persona que le había pedido el favor. Cada vez me admiraba más ver cómo nunca tenía un momento para él».

Chiara Lubich expresa en los últimos días de Ulises: «Como dicen nuestros amigos musulmanes..., ha llegado a ser un puente entre el cristianismo y el Islam». Y el presidente musulmán de la asociación jurídica del Centro donde vivía Ulises, dijo en los funerales: «Has creado un oasis de paz, un lugar de encuentro, de diálogo y de espiritualidad... Has sido un ejemplo magnífico de coherencia. Y así has conquistado el corazón de centenares de argelinos, que te han conocido y te han imitado... Mi querido Ulises, tu misión continuará y está en buenas manos».

Nueva luz

Cuando las Torres Gemelas fueron derribadas, el mundo entero se dio cuenta del difícil encuentro entre Occidente y el Islam. Los Focolares profundizan así en su experiencia positiva en el centro de un macroproblema social. Permanecen todavía como un hecho más simbólico que una praxis globalmente aceptada, pero para más de un observador la realidad del Movimiento de los Focolares en Argelia suscita esperanzas, significa "nuevas luces" sobre la relación posible entre Islam y cristianismo, la posibilidad de transformar creativamente el desafío del diálogo en una experiencia de fraternidad.

Luigi Padovese, un mártir por el diálogo

Theo Jansen, o.f.m.cap.

El 3 de junio de 2010 era cruelmente asesinado en Turquía mons. Luigi Padovese, religioso capuchino, hombre de diálogo que tenía el don de la escucha y de la acogida. Conocía el modo de hablar a las autoridades y a los hombres de cultura, como también sabía llegar al corazón de los sencillos. Benedicto XVI recordó su generoso testimonio del Evangelio, y el musulmán Kenan Gürsoy declaró de él: «Ambos creíamos en la verdad y en la trascendencia». Ofrecemos un perfil de un testigo del diálogo entre creyentes de Iglesias y religiones diversas.

«**J**ESÚS nos ha dicho que no tengamos miedo de nada. Sólo de una cosa hay que tener miedo: de no ser cristianos, de ser, como decía Jesús, “sal insípida”, una luz apagada o levadura sin vida... San Juan Crisóstomo en el siglo IV, aquí en Turquía, decía: “Cristo apacienta corderos. Mientras seamos corderos venceremos, cuando nos convirtamos en lobos perderemos”». Son palabras de don Andrea Santoro, sacerdote del Vicariato apostólico de Anatolia en Turquía del cual mons. Padovese era obispo desde 2004.

Recordando a don Santoro, asesinado el 2006, mons. Padovese dijo palabras que trágicamente se aplican también a él mismo: «Don Andrea había venido a Turquía fascinado por esta tierra, por su pasado, por el deseo de ser un puente entre el islán y el cristianismo, pero también entre Oriente y Occidente. La pequeña

revista que había creado con amigos de Roma llevaba por título Ventana sobre el Oriente. Ahora esta ventana –gracias a su martirio– se ha abierto de par en par y, a través de ella, se ha conocido nuestra situación, que antes era conocida por muy pocos, y ahora se ha manifestado a muchos. Con el sacrificio de su vida, don Andrea ha hecho verdaderamente de puente a través de un testimonio, no ofrecido con muchas palabras, sino con una vida sencilla, vivida en la fe».

¿Quién era mons. Padovese?

Nace en Milán en 1947. Siendo joven, entra en los capuchinos. Después de la ordenación sacerdotal se dedica a los estudios de Patristica e Historia de la teología. En 1982 comienza a enseñar en el Pontificio Ateneo Antonianum de Roma y forma parte del

cuerpo de profesores del Instituto Franciscano de Espiritualidad. Desde 1987 fue presidente de este Instituto hasta 2004, que fue elegido obispo del Vicariato apostólico de Anatolia con sede en Iskenderun, en Turquía,

Conocía bien este país, pues fue ideólogo y organizador de innumerables simposios en Italia y en el extranjero. Recordamos en particular “los Simposios de Éfeso sobre san Juan Apóstol” y “los Simposios de Tarso sobre san Pablo Apóstol”, que a partir de 1990 se han ido sucediendo hasta el día de hoy. Dirigió también los primeros ocho Simposios intercristianos, iniciados en 1992, organizados junto con el Departamento de Teología de la facultad teológica de la Universidad Aristóteles de Salónica, en Grecia.

Mons. Padovese fue sin duda uno de los protagonistas del Año Paulino, siendo la ciudad donde nació el Apóstol de las gentes parte de su diócesis. Conviene recordar también su esfuerzo en la preparación de la Asamblea especial del Sínodo de los obispos sobre el Oriente Medio (octubre 2010), formando parte de la comisión preparatoria y colaborando en la elaboración de los *Lineamenta* y del *Instrumentum laboris*. En una entrevista que le hicieron una semana antes de su muerte, había explicado la importancia del Sínodo para la Iglesia turca: *«Con el Sínodo tendremos una Iglesia turca reforzada y más consciente de la propia fe. Entre los frutos del Año Paulino y de tantas peregrinaciones que llegan continuamente, existe también mayor conciencia en los cristianos locales del valor de estos lugares para la tradición cristiana. La presencia de los peregrinos reaviva la certeza de vivir en una Tierra Santa. Otro efecto positivo se refiere a los musulmanes. Ellos ven que llegan cristianos que además de querer disfrutar turísticamente de estos lugares, se ponen en actitud de oración y eso también ayuda a superar desconfianzas recíprocas que se han ido acumulando en el pasado. Creo que el testimonio más bello que puede darse en Turquía es ver a hombres y mujeres que oran».*

Benedicto XVI confirmó la importancia de la persona de mons. Padovese como hombre de diálogo: *«Creo obligado tener presente al difunto obispo Luigi Padovese –dijo durante la celebración eucarística en Nicosia (Chipre) tres días después de la muerte del obispo– que, como presidente de la Conferencia episcopal turca, ha contribuido a la preparación del Instrumentum laboris, que hoy os entrego... Confío su alma a la misericordia de Dios omnipotente, recordando lo mucho que se esforzó, especialmente como obispo, por la mutua comprensión en el ámbito interreligioso y cultural y por el diálogo entre las Iglesias. Su muerte es un lúcido reclamo a la vocación que todos los cristianos compartimos para ser, en cualquier circunstancia, testigos valientes de todo lo que es bueno, noble y justo».*

De la comunión al testimonio

Mons. Padovese tuvo muchos contactos con personalidades de la Iglesia católica, con miembros de otras Iglesias cristianas y con fieles de otras religiones, especialmente musulmanes. Baste recordar la amistad que cultivaba con el Patriarca ecuménico de Constantinopla Bartolomé I y las óptimas relaciones con las autoridades musulmanas de la región.

«Cuando los hombres se sienten vinculados con la trascendencia, puede nacer entre ellos una amistad fundada en Dios. ¿Dónde encontrar esta trascendencia? Si está en el corazón, si está en mi corazón, recíprocamente hablando, la amistad entre un musulmán y un cristiano es también una amistad en el camino, en la revelación, en la consideración de la trascendencia; por eso, si se amara verdaderamente a Dios, no sería posible ser “no amigos”, sino que habría que estar absolutamente en la amistad». Son palabras del profesor musulmán Kenan Gürsoy, embajador de Turquía ante la Santa Sede y verdadero amigo de mons. Padovese, al que había invitado en los años 90 a dar una serie de conferencias en la universidad de Turquía.

La actitud de diálogo tenía en él una sólida y convencida base teológica y existencial. En una intervención en la segunda Asamblea eclesial del Patriarcado de Venecia en el 2009 dio este testimonio: *«En este particular momento histórico de Europa, a muchos cristianos, presumiblemente por una concepción individual e intimista de la religión, sobre la cual se debería reflexionar y que de la cual se les querría alejar, resulta difícil confesar con palabras la propia fe. Existe un difuso temor a tratar temas religiosos y falta la valentía de afirmar tanto en público como en privado la propia fe, a menudo por falta de formación. Esto nos recuerda que es necesaria una nueva gramática de la fe, lo cual significa que los cristianos ante todo deben esclarecer para sí mismos por qué y cómo ser cristianos, para después esclarecerlo y mostrarlo a quien no lo es.»*

Pienso que también en nuestra realidad concreta puede aplicarse lo que escribía hace tiempo el obispo de Erfurt en Alemania: “A nuestra Iglesia católica (en Alemania) le falta algo. No es el dinero. No son los creyentes. A nuestra Iglesia católica (en Alemania) le falta la convicción de poder ganar nuevos cristianos... y cuando se habla de misión se tiene la idea de que eso tiene que ver con África o Asia, pero no con Hamburgo, Munich, Leipzig o Berlín”.

Especialmente hoy, en la época del pluralismo, se reaviva la conciencia de que el testimonio precede al anuncio, más aún, que es el primer anuncio. Siempre es verdad que el primer paso para llegar a ser cristianos se funda en el encuentro con hombres que viven como cristianos convencidos. Nos confirma en esta convicción el método misionero que Francisco de Asís aconsejaba a sus hermanos de “que no tuvieran litigios ni disputas... y confesaran que eran cristianos”. Está en sintonía con este modo de sentir lo que leemos en la Evangelii nuntiandi donde se habla del testimonio sin palabras que suscita preguntas en los que lo ven. Ya esto —leemos— “es una proclamación silenciosa pero muy fuerte y eficaz de la buena nueva... un gesto inicial de evangelización”.

Este modo de ser testigos silenciosos fue el elegido por Andrea Santoro, mi sacerdote asesinado

el 5 de febrero en Trebisonda... En el mail que me había enviado el 1 de octubre de 2005, escribía: “Hemos retomado nuestra vida ordinaria, hecha de estudio, de oración, de acogida, de cuidado de la pequeña grey, de apertura al mundo que nos circunda, en este entramado de pequeñas conexiones, a veces fáciles, a veces difíciles”».

Mons. Padovese, describiendo la vida de don Andrea, ofrece un cuadro también de su vida cotidiana consistente, podría decirse, en el diálogo de la vida. Y refiriéndose al Sínodo de las Iglesias orientales, subraya —siempre en su intervención en Venecia— la importancia de la comunión para el testimonio: *«A nosotros el Papa nos ha propuesto como tema del Sínodo: “Comunión y testimonio. Tenían un solo corazón y un alma sola”. En otras palabras: estar unidos para ser testigos. La elección de este tema no se refiere sólo a nuestras Iglesias de Oriente que viven en una situación minoritaria y de confrontación con el mundo islámico, sino que puede aplicarse además a las Iglesias de Europa también en confrontación con una sociedad pluralista en donde debe surgir el testimonio de la comunión entre los cristianos... San Pablo nos recuerda que “no se nace cristiano, sino que se llega a serlo”, y nos remite a una realidad de Iglesia entendida ante todo como el “nosotros” de los cristianos... Iglesia que es solidaridad, intercambio, comunicación del uno con el otro, comunión fraterna, unanimidad que ora, ambiente de conversión, participación en la cruz».*

Grano de trigo que muere.

Mons. Padovese tuvo la gracia de compartir el camino de Jesús hasta derramar la sangre en una muerte violenta. En la homilía del funeral, su predecesor en la sede episcopal, mons. Ruggero Franceschini testimonió: *«La memoria del padre Luigi no necesitaría ser exaltada con un elenco de obras buenas. Pero por amor a la verdad y a la justicia, me place recordar a la Iglesia de Turquía y a los amigos no cristianos algunas cosas que ha podido realizar, en el ámbito de la caridad y de la cultura,*

durante el breve periodo de su ministerio como obispo de Anatolia. Desde las cosas más sencillas a la trabajosa organización de los Simposios, de los encuentros y de los congresos académicos.

Entre las cosas más significativas: compartir la comida con los amigos musulmanes durante las fiestas recíprocas; la creación de un servicio de distribución a domicilio de productos alimentarios a más de 70 familias necesitadas (de las cuales solo una era cristiana); el mismo personal de la casa del obispo (más de 10 trabajadores) está compuesto por personas de religión islámica; la simpatía hacia la cultura islámica, confirmada también por las óptimas relaciones con el müftü de Iskenderun; de las buenas relaciones con las autoridades civiles es casi superfluo hablar, basta verles hoy aquí, amigos entre amigos, compartiendo el mismo dolor; de todos es conocida su profunda amistad con su santidad el patriarca Bartolomé I y todos los hermanos ortodoxos, representados hoy aquí por sus pastores.

Y todavía más. La caridad de nuestro obispo se extendía al mundo del sufrimiento, tanto en los acontecimientos extraordinarios como en la vida cotidiana. Recordemos las ayudas prodigadas a la población durante las inundaciones aquí en Iskenderun y en Batman; la ayuda constante y generosa a las personas golpeadas por la enfermedad; la contribución determinante para la canalización del agua en algunos pueblos aislados. Y todavía podría continuar. Quiero solo añadir que todo esto lo hizo sin esperarse nada a cambio, ningún beneficio, ninguna propaganda religiosa, sólo caridad cristiana, tal como enseña el Evangelio»

A estas palabras hacen eco las pronunciadas por el cardenal Dionigi Tettamanzi, con ocasión de la misa en recuerdo de mons. Padovese celebrada en la catedral de Milán el 14 de junio 2010: «Verdadero discípulo de Cristo: el obispo Luigi Padovese ha entregado su cuerpo y ha establecido una alianza en su sangre, ofreciéndose totalmente por el anuncio del evangelio y por la vida de los que le habían sido confiados. En la existencia de este nuestro hermano y padre se ha realizado la palabra de Jesús que

comparó la victoria de su Pascua con el misterio de la semilla que produce fruto en su morir: “Si el grano de trigo caído en tierra no muere, permanece solo; pero si muere produce mucho fruto”.

Grano de trigo caído en tierra ha sido la vida del padre Luigi, que acogió como una llamada de la Providencia de Dios su ministerio como obispo de Anatolia... Grano de trigo, que silenciosamente produce fruto, ha sido el padre Luigi en sus continuos esfuerzos por construir espacios de diálogo y de encuentro entre culturas, entre religiones, entre los mismos cristianos. Todo hombre de buena voluntad reconoce en este obispo humilde y sabio un verdadero constructor de reconciliación y de paz, a través del respeto recíproco y de la acogida fraterna».

«In caritate veritas». Estas palabras de san Pablo, en su carta a los Efesios (4, 15), fueron el lema de su programa episcopal. Vivió en la caridad, dando testimonio en la verdad de que nadie tiene amor más grande que el que da la vida por los demás. Decía: «Son palabras que expresan mi programa de buscar la verdad en la estima y en el amor recíproco. Si es verdad que quien más ama más se acerca a Dios, también es verdad que por este camino nos acercamos al sentido verdadero de nuestra existencia que es vivir para los demás. Sobre esta convicción se funda mi voluntad de diálogo».

Una cátedra: *Espiritualidad y diálogo interreligioso*

Para mantener vivo el recuerdo de la entrega incansable de mons. Padovese, el Instituto Franciscano de Espiritualidad de la Pontificia Universidad Antonianum de Roma ha querido crear una cátedra: «Espiritualidad y diálogo interreligioso». Con ocasión de la inauguración de la cátedra (4 marzo 2011), el ministro general de la Orden de los Frailes Menores y gran canciller del Antonianum, José Rodríguez Carballo, afirmó: «La relación entre espiritualidad y diálogo interreligioso constituye un argumento del que todos sentimos su candente

actualidad, dado que cada vez más religiones distintas contactan entre ellas en virtud del proceso de globalización y movilidad de los pueblos que caracteriza profundamente desde siempre la experiencia franciscana de Dios y la historia misma del franciscanismo. Francisco de Asís se mostró al mundo como hermano universal y la historia que de él ha brotado se ha caracterizado por una potente capacidad de relación intercultural y de relación positiva con religiones diversas. El episodio del encuentro con el Sultán y la constante presencia de los franciscanos en territorios habitados por fieles musulmanes, como por ejemplo en Tierra Santa, representan un número significativo de esta dimensión dialógica del franciscanismo...

Quisiera subrayar la feliz coincidencia de la institución de esta cátedra de Espiritualidad y diálogo interreligioso con el 25 aniversario del encuentro de oración por la paz promovido por el beato Juan Pablo II con los representantes de las diversas religiones... Que el "Espíritu de Asís" sostenga nuestro diálogo en la búsqueda de la Verdad que nos ha sido dada en Cristo Jesús».

Paolo Martinelli, capuchino, sucesor de L. Padovese como presidente del Instituto Franciscano de Espiritualidad y titular de la cátedra, ha descrito los campos en los que se pretenden profundizar: «La cátedra tendrá como horizonte el estudio sobre la vida de las personas y comunidades cristianas que se han encontrado o se encuentran viviendo en contacto con otras religiones. Los ámbitos específicos de la cátedra pueden ser éstos:

- el estudio de la búsqueda de Dios ("Quaerere Deum") como punto de referencia y puente de diálogo entre personas, pueblos, religiones y culturas;

- la calidad específica de la experiencia cristiana de Dios en Jesucristo en el Espíritu Santo, en relación a las diversas experiencias religiosas y a su valoración y aprecio, en la toma de conciencia que, como había afirmado en su día el entonces teólogo Joseph Ratzinger, "la relación del cristianismo con las religiones del mundo se ha convertido hoy en una necesidad interna para la fe";

- el estudio de las experiencias de convivencia y de diálogo entre pueblos de culturas y religiones diferentes, tanto desde el punto de vista histórico, como en referencia a la actualidad;

- el estudio de la historia de Medio Oriente como tierra de encuentro entre tradiciones religiosas diferentes, con particular referencia a la plurisecular presencia franciscana».

In caritate veritas

La estima que goza mons. Padovese no se expresa solo en la cátedra a él dedicada, sino también en un grueso volumen publicado en su honor al año de su asesinato. El título en cierto sentido fue elegido por él mismo, pues corresponde a su lema episcopal: *In caritate veritas*. En 846 páginas, autoridades y amigos plasman su aprecio por el estudioso, el pastor y el amigo desaparecido trágicamente.

Citemos un nombre por todos: mons. Anders Arborelius, o.c.d., obispo de Estocolmo y presidente de la conferencia de obispos del Norte de Europa, escribe: «*El diálogo interreligioso se ha convertido cada vez más en un urgente compromiso en la aldea global en que hoy vivimos... Afortunadamente, hay personas que hacen todo lo que está en su mano para instaurar un profundo diálogo con creyentes de distintos credos. Una de éstas ha sido mons. L. Padovese, que fue asesinado de modo trágico el año pasado, en Turquía. Es más, podemos decir que ha sido un mártir por el diálogo, porque ha gastado toda su vida en el esfuerzo por establecer relaciones profundas y sinceras con los musulmanes de Turquía.*

Al mismo tiempo, mons. Padovese se sentía totalmente misionero de Cristo, siguiendo el ejemplo de san Pablo, con el deber de fortalecer la Iglesia en Turquía. No percibía ninguna contradicción entre diálogo y misión... Que el ejemplo y la intercesión de mons. Padovese nos ofrezcan la ayuda para caminar juntos sobre este camino del diálogo y poder mostrar al mundo el rostro de Dios misericordioso»

Corea del Sur, el centro «Fuente de la Consolación»

Paco López, i.m.c.

Experiencia de comunión y diálogo interreligioso vivida por los Misioneros de la Consolata en uno de los países de más vitalidad del continente asiático.

LOS Misioneros de la Consolata trabajamos desde los inicios de nuestra congregación en África y desde hace 40 años también en América. En Asia no estábamos presentes y desde hacía varios años se hablaba de fundar también allí, porque decíamos que “un instituto misionero no puede dejar de estar presente en aquel continente”

El pensamiento de nuestra presencia en Asia lógicamente iba unido al del diálogo interreligioso. Y así en 1987 se eligió Corea del Sur. Uno de los motivos fue la presencia de grandes religiones en aquel País.

Los sueños de Nepi

Durante el retiro que tuvimos los cuatro misioneros destinados a Corea, junto con el consejo general, compartimos nuestros sueños: el anuncio del Evangelio, la presencia entre los pobres, el testimonio de la vida religiosa, ofrecer también allí nuestro carisma misionero a la Iglesia local, un fuerte

discernimiento comunitario y el diálogo interreligioso.

Llegamos a Seúl a comienzos de 1988. Durante los primeros años, por el estudio de la lengua, de la cultura y de la historia del país, veíamos muy lejana la realidad del diálogo interreligioso, aunque la inquietud y el interés estaban siempre presentes.

Desde el comienzo nació entre nosotros una intensa y constante comunicación sobre todo lo que observábamos, sentíamos, pensábamos y descubríamos, decidiendo juntos cualquier paso que tuviéramos que dar. Cada semana pasábamos medio día juntos, y aún hoy, después de 22 años, sigue en pie este encuentro, implicando también a los nuevos misioneros.

Este realizar la misión en comunión o –como acentuaba nuestro fundador, Giuseppe Allamano– en «*unidad de intenciones*», llegó a ser una dimensión fundamental de todos nuestros misioneros en Corea y guió todas nuestras opciones: la presencia entre los pobres de la ciudad, la anima-

ción misionera de la Iglesia local mediante una revista y otras actividades de formación, la creación en 1999 del centro de diálogo interreligioso “Fuente de Consolación”.

Este espíritu de comunión y de familia, que implica la acogida fraterna recíproca, el respeto por la diversidad y el aprecio de los dones y de las cualidades de cada uno, hace que todos se sientan comprometidos en los diversos sectores y en las opciones fundamentales, que todos se sientan responsables de las actividades particulares de una comunidad o de una persona. Fomentando la ayuda mutua y la cooperación, cada uno está después disponible para asumir el compromiso de llevar adelante tales actividades y sostener a alguno cuando es necesario.

Diez años de camino

Para concretar nuestra opción por el diálogo interreligioso fueron necesarios diez años. La llegada a Corea de un misionero particularmente interesado en el tema del diálogo mantuvo viva, en la conciencia de nuestra comunidad, esta exigencia del encuentro con las religiones no cristianas. Poco a poco las ocasiones de conocer personas (monjes, pastores, laicos comprometidos de varias religiones), grupos e instituciones dedicados al diálogo se iban multiplicando.

El lanzamiento decisivo vino por una visita del entonces vice-superior general y de la reflexión que hicimos juntos sobre la misión y sus caminos. La conclusión fue una decisión formal de la comunidad de elegir el diálogo interreligioso como una de nuestras “vías” de misión en Corea.

Siguió un período intenso de conocimiento y contactos con personas comprometidas en el diálogo, de participación en encuentros y cursos, de visitas, de petición

de pareceres y opiniones... hasta que nos pareció comprender que el modo concreto de realizar nuestra “vía” para el diálogo consistía en crear un pequeño centro, entendido como un “espacio abierto” donde personas de diversas religiones podrían encontrarse, conocerse, confrontarse, dialogar, sobre todo compartir el propio camino espiritual y quizá también hacer algo juntos en el campo social, por los pobres y la justicia.

También se acordó que dos misioneros estudiaran en las universidades coreanas, compromiso que costó no pocos esfuerzos y sacrificios a los interesados. Para la elección del lugar y el estilo de la construcción del futuro centro, consultamos a nuestros amigos pertenecientes a diversas religiones; sus opiniones nos orientaron hacia un pequeño pueblo junto a una zona de bosques no lejana de la ciudad. Así también la estructura física del pequeño centro reflejaba sus sugerencias.

Como Dios quiso, nuestro Centro de Diálogo interreligioso “Fuente de Consolación” estuvo listo. Comenzó a funcionar informalmente durante tres meses y, finalmente, fue inaugurado solemnemente el 5 de abril de 1999 por el obispo de la diócesis de Inch’eon, con la presencia del nuncio apostólico en Corea, el cual había demostrado mucho interés por la esta iniciativa, y con la concurrencia de muchos amigos no cristianos, procedentes del budismo, del budismo Won (religión surgida en Corea en 1916), de otras religiones autóctonas de Corea, y de varias Iglesias cristianas evangélicas (bautistas, metodistas, adventistas, etc.).

Diversos grupos interesados en el diálogo interreligioso, pertenecientes a las diversas religiones y confesiones cristianas, llegando a ser amigos nuestros, comenzaron a reunirse en nuestro centro, que lo sentían como su propia casa. Un monje budista,

cada vez que venía a la capital, se quedaba en nuestro centro, porque su templo era su segunda casa.

Personas particulares o grupos venían al centro a pasar un día o algunos días de retiro y de meditación, teniendo momentos de intercambio con alguno de nosotros o invitándonos a hablar.

Más adelante, nos dimos cuenta que también era muy importante ofrecer una formación sobre el diálogo interreligioso a los laicos de nuestra familia religiosa, y de este modo comenzamos a encontrarnos con un monje budista y con un grupo de sus discípulos.

La conferencia nacional de religiosos dio también inicio a un grupo de religiosos y religiosas interesados en el diálogo interreligioso. Comenzamos solos, pero luego, invitando a monjes y monjas budistas y del budismo Won, llevamos a cabo una serie de encuentros sobre diversos temas relativos a la vida monástica (oración y meditación, vida en común, castidad, etc.).

Un diálogo vivido como comunidad

Si tuviese que resumir las características de nuestra experiencia en Corea, ante todo diría que me parece que nuestra comunidad es la única que, en cuanto comunidad, vive y pone a disposición su tiempo y su estructura para el diálogo interreligioso. Existen personas interesadas en el diálogo interreligioso en la Iglesia católica coreana, en las otras confesiones cristianas y en las otras religiones, pero casi todas se desarrollan a nivel personal.

Es una comunidad que intenta vivir el diálogo, ante todo dentro de la misma comunidad, como garantía de ese otro diálogo que después se quiere tener y se tiene con los miembros de las otras religiones.

Es una comunidad nacida del discernimiento comunitario de todos los misioneros

presentes en Corea, participado y sostenido por todos.

Es un espacio abierto a disposición de todos los que pertenecen a otras religiones, a las diferentes confesiones cristianas, etc., y quieren dialogar sobre la propia experiencia de fe, viviendo un día o más de retiro o de meditación.

Está inserta plenamente en el programa de la comisión episcopal para el diálogo interreligioso y ecuménico, con la bendición del obispo y del nuncio.

En una palabra... misionero

Damos paso a la experiencia de uno de nuestros misioneros que se encuentra actualmente en el centro "Fuente de Consolación".

«En el contexto del diálogo interreligioso me he sentido, a pesar de todos mis límites, "mediador" de la presencia y del amor de Dios para todos los hombres.

Nuestra simple "presencia", como creyentes en Cristo y misioneros, entre esas personas no cristianas, ha sido (y continúa siendo) un signo "cercano y concreto" de la presencia y del amor de Cristo por ellos. En un clima de respeto recíproco y mutua escucha, que hace tal "presencia" aún más significativa. Creo poder decir que verdaderamente he llegado a sentir mi compromiso en el diálogo interreligioso como exigencia de mi fe en Cristo y como fidelidad a mi vocación de misionero.

Las relaciones humanas de fraternidad y amistad son la condición fundamental para nuestro ser "mediadores de los misterios de la salvación".

Una buena relación humana ayuda a todos a romper barreras, eliminar prejuicios, favorecer un ulterior y más profundo encuentro, trabajar juntos por el bien de todos, colaborar sobre los temas de la justicia, de la paz, de la solidaridad con los pobres.

En mi misma experiencia personal se han

dado el encuentro, la relación y la amistad con personas de otras religiones, que me han llevado a apreciar, respetar y estimar las demás tradiciones religiosas. Gracias a su relación con nosotros, espero que otros puedan decir la misma cosa del cristianismo. La profundidad y la transparencia de la propia fe son en todo caso una condición esencial para el diálogo interreligioso.

El contacto más profundo y cercano con personas de otras tradiciones religiosas, y el confrontarme con ellos, me ha hecho tomar aún más conciencia del extraordinario don de amor, totalmente gratuito e inmerecido, que es la fe que he recibido. Además ha sido precisamente el encontrarme directamente con las prácticas religiosas de otras tradiciones lo que me ha hecho ser más consciente que antes, el inmenso tesoro que constituyen, para el mundo, para la Iglesia y para mí, el Evangelio, la Palabra de Dios, la presencia viva de Cristo en la Eucaristía... además del patrimonio de reflexión teológica y de espiritualidad de la Iglesia católica. Me he dado cuenta de la responsabilidad que tenía ante nuestros amigos no cristianos de mostrar y testimoniar semejante tesoro. Por otra parte, siempre he tenido la sensación de que precisamente es esto lo que esperan de nosotros nuestros amigos no cristianos.

Creo firmemente que el diálogo interreligioso requiere, por parte de quien lo afronta, una conciencia y una experiencia profunda de su fe, además del deseo de darla a conocer más en profundidad y hacerla apreciar cada vez más en las personas que no la comparten.

La misión es de Dios. Nosotros no somos más que humildes instrumentos...

La sensación que siempre he tenido, desde cuando comencé a conocer más profundamente las otras religiones, es que Dios no está seguramente lejano de sus miembros. El que ha creado por amor a todos los hombres, no puede dejar de atraerlos hacia él a través de muchos caminos diferentes en su expresión histórica, pero que confluyen en la meta de su camino. De hecho estamos convencidos de que el Señor Resucitado in-

fluye, por caminos misteriosos, en el corazón de todos los hombres.

Por tanto, a los misioneros pertenece ponerse a la obra y afirmar que la misión (la salvación de todos los hombres) la realiza Dios y que nosotros solo somos cooperadores, o mejor aún, siervos –por gracia– de esta obra suya. Debemos conscientemente renunciar a pensar, ni siquiera por un instante, que somos nosotros los que convertimos. Y en consecuencia, al menos en el diálogo interreligioso, debemos aprender a renunciar a buscar los frutos visibles de nuestra acción misionera. Dejémoslo a Dios, que tiene sus tiempos y sus medios. Nuestro deber es ofrecer, con humildad y del modo mejor posible, nuestra parte de testimonio, para ayudar también a los otros a “ver y gustar” cuán hermosa, cuán llena de vida, cómo da significado a la vida del hombre esa fe que hemos recibido en Cristo muerto y resucitado por todos.

Nunca me he sentido tan verdaderamente “misionero” como en el compromiso del diálogo interreligioso. Que el ámbito “natural” de la vida y de la acción del misionero sean los no cristianos, a nivel de teoría y práctica, se afirma claramente en numerosísimos documentos de mi instituto, comenzando por las Constituciones, así como en los de otros institutos misioneros ad gentes. Pero también es verdad que la “praxis” actual y normal de la misión lleva a los misioneros a estar con frecuencia más en contacto con los cristianos que con los no cristianos. Así me sucedió a mí en mi vida misionera, hasta que no me introduje un poco en el mundo del diálogo interreligioso.

Con esto estoy trayendo a la memoria la profunda sensación que me embargaba cuando podía hablar del Evangelio, o celebrar la Eucaristía, en medio de personas no cristianas. En aquellos momentos sobre todo me sentía verdaderamente “dispensador” de la salvación que Dios quiere para todos los hombres, estaba “anunciando la Palabra”, era “signo” de la presencia de Cristo (de la Iglesia) para cuantos no lo conocen y no la acogen explícitamente en su vida... en una palabra: ¡misionero!».

Roma, un budista entre los salesianos

Hiromasa Ranaka

El movimiento budista Rissho Kosei-kai y la Universidad Pontificia Salesiana de Roma han establecido una relación de colaboración que ya cumple treinta años, durante los cuales cinco estudiantes son acogidos para los estudios teológicos y filosóficos. Uno de ellos nos cuenta su experiencia.

EL motivo principal que movió a la Rissho Kosei-kai a enviar a la Pontificia Universidad Salesiana de Roma a algunos estudiantes es la formación de las personas que se dedican al diálogo interreligioso, de modo particular entre el cristianismo y el budismo, en sus distintas dimensiones como la teórica, espiritual, de colaboración y de vida. Durante el estudio cada uno de nosotros ha sido hospedado en una de las comunidades de los Salesianos cerca de la universidad, en donde he podido experimentar el diálogo de la vida.

Participación de la vida

Cuando llegué a Roma el 2005, tenía poquísimos conocimientos sobre el cristianismo en general y, aunque empecé a conocerlo a través de la vida de una familia del Movimiento de los Focolares y en la ciudadela de Loppiano, no tenía la menor idea sobre la vida de los religiosos, salvo el hecho de que

era un caso muy especial que fuera acogido en una casa religiosa un joven budista laico. Con un poco de temor, pero con optimismo, comencé a participar en una comunidad de sesenta salesianos sacerdotes y coadjutores de diversas nacionalidades, junto con algunos sacerdotes diocesanos que estudiaban en la universidad.

Todo lo que se vivía en la comunidad era totalmente nuevo para mí: la oración de la mañana y de la tarde, la santa Misa de cada día con la meditación, las festividades, los retiros y también las costumbres y la cultura de la vida salesiana expresadas en los eventos y en los pequeños gestos. A los religiosos les pregunté muchas cosas sobre la Iglesia, sobre los salesianos, sobre el aspecto institucional y el doctrinal, y sobre experiencias personales. Muchas preguntas eran sencillas, pero las respuestas de los salesianos, dadas con paciencia y apertura, eran para mí dones preciosos. Sobre todo la consideración sobre su vocación y su estilo de

vida consagrada con los votos de pobreza, de castidad y de obediencia, con los que se entregan totalmente a Dios, me impresionaba y me hacía reflexionar sobre mi vida como laico comprometido del budismo.

Además, mientras proseguía la vida comunitaria y los estudios, comencé a preguntarme sobre mi actitud inicial, que ciertamente era de apertura, pero poco reflexionada y tendente a un cierto relativismo. De hecho, queriendo centrarme en la armonía entre las personas más que en cualquier otro aspecto, ponía entre paréntesis las cuestiones delicadas acerca de Dios. Conociendo los retos del pluralismo religioso relativista, que para mí no era fácil comprender en el conjunto de sus complejas cuestiones, comprendí que debía ser más prudente frente a la cuestión de la verdad y a los comportamientos derivados de ella. Por eso decidí suspender la participación en ciertas actividades comunitarias, hasta que no se esclarecieran las cuestiones relativas, por ejemplo, a la Misa y a los rezos, porque aunque algunos aspectos resultaban claros desde el punto de vista teológico católico, yo no estaba seguro si en el fondo estaba participando con un cierto sincretismo que relativizaba al cristianismo y qué actitud sería la justa tanto para el diálogo con la Iglesia como para mí como budista. La atención para no confundir las dos religiones a nivel superficial y buscar el significado partiendo de alguna categoría del budismo, me permitió evitar la tentación del exclusivismo que, como el relativismo, no dialoga con los otros para la buscar la verdad sino que se cierra en sí mismo.

Constructores de comunión

Por otra parte, durante el período en el que estuve tratando de superar la tendencia al exclusivismo, sin caer en el relativismo, los hermanos salesianos y diocesanos los sentía siempre cercanos. Ellos no me exclu-

yeron de la comunidad, más aún, se preocuparon de que no me sintiese solo por motivo de mi religión, cultura y lengua, que me hacían distinto de ellos. Algunos me invitaban a hacer paseos, otros bromeaban conmigo, y el director de la comunidad me escuchaba frecuentemente dándome sugerencias. Gracias a este clima fraterno, también yo quería hacer el bien a cada uno de ellos, porque todos eran personas queridas. Sobre todo en los acontecimientos agradables y en los negativos me sentía más unido a todos. Así me convertí en un constructor de la comunión de la comunidad.

Sentía que éramos verdaderamente amigos, que me amaban concretamente. Me mostraron un camino importante para la superación de mis dificultades: sin comprometer las verdades de las respectivas religiones y vocaciones de cada cual, más aún, poniéndolas en el centro de cada acción y buscando perfeccionarlas, podemos vivir con más caridad hacia los otros, en un Nosotros que incluía a las personas de otras religiones.

La experiencia directa de la vida consagrada me ha hecho crecer personalmente y me ha ayudado a reencontrar mi convicción budista.

El amor que me han demostrado los salesianos y los sacerdotes diocesanos me parece que tiene su raíz en la centralidad de la oración en la vida comunitaria, en la fe en un Dios trinitario, en Jesucristo crucificado y resucitado y en poner en práctica el Evangelio. Conociendo la espiritualidad salesiana y la vida de Don Bosco, y de algún otro religioso, he comprendido que precisamente por su vo-

cación no podían dejar a los demás solos y trataban de amarse los unos a los otros con corazón abierto, y de amarme también a mí, un no cristiano. Más aún, conmigo tenían más atención y me transmitían el mensaje de Cristo en la vida cotidiana.

Sentía que éramos verdaderamente amigos, que me amaban concretamente. Me mostraron un camino importante para la superación de mis dificultades: sin comprometer las verdades de las respectivas religiones y vocaciones de cada cual, más aún, poniéndolas en el centro de cada acción y buscando perfeccionarlas, podemos vivir con más cari-

dad hacia los otros, en un Nosotros que incluía a las personas de otras religiones.

La experiencia directa de la vida consagrada me ha hecho crecer personalmente y me ha ayudado a reencontrar mi convicción budista. Nuestro movimiento vive el diálogo interreligioso dando importancia al encuentro con la otra persona para la cual tratamos de ser nada. En esto resuena la invitación de Chiara Lubich a “hacernos uno”. Quisiera reafirmar que en el diálogo interreligioso abierto hacia las otras personas, el Trascendente y Su voluntad ayudan a descubrir y a enriquecer la propia fe.

PEREGRINOS DE LA VERDAD, PEREGRINOS DE LA PAZ

«Junto a estas dos formas de religión y anti-religión, existe también en el mundo en expansión del agnosticismo otra orientación de fondo: personas a las que no les ha sido dado el don de poder creer y que, sin embargo, buscan la verdad, están en la búsqueda de Dios. Personas como éstas no afirman simplemente: «No existe ningún Dios». Sufren a causa de su ausencia y, buscando lo auténtico y lo bueno, están interiormente en camino hacia Él. Son «peregrinos de la verdad, peregrinos de la paz». Plantean preguntas tanto a una como a la otra parte. Despojan a los ateos combativos de su falsa certeza, con la cual pretenden saber que no hay un Dios, y los invitan a que, en vez de polémicos, se conviertan en personas en búsqueda, que no pierden la esperanza de que la verdad exista y que nosotros podemos y debemos vivir en función de ella. Pero también llaman en causa a los seguidores de las religiones, para que no consideren a Dios como una propiedad que les pertenece a ellos hasta el punto de sentirse autorizados a la violencia respecto a los demás. Estas personas buscan la verdad, buscan al verdadero Dios, cuya imagen en las religiones, por el modo en que muchas veces se practican, queda frecuentemente oculta. Que ellos no logren encontrar a Dios, depende también de los creyentes, con su imagen reducida o deformada de Dios. Así, su lucha interior y su interrogarse es también una llamada a nosotros creyentes, a todos los creyentes a purificar su propia fe, para que Dios –el verdadero Dios– se haga accesible. Por eso he invitado de propósito a representantes de este tercer grupo a nuestro encuentro en Asís, que no sólo reúne representantes de instituciones religiosas. Se trata más bien del estar juntos en camino hacia la verdad, del compromiso decidido por la dignidad del hombre y de hacerse cargo en común de la causa de la paz, contra toda especie de violencia destructora del derecho».

Benedicto XVI en Asís, 27 de octubre de 2011.

Simposio hindú-cristiano en la India

Roberto Catalano

En diciembre de 2011 se desarrolló en la India el IV Simposio hindú-cristiano: “Interpretar y vivir las Escrituras para la construcción de la armonía y de la paz universal”. De la primera visita de Chiara Lubich a la India a los actuales desarrollos de este diálogo.

TODO comenzó en enero de 2001 con la primera visita de Chiara Lubich a la India por invitación de Minoti Aram, Presidente del Shanti Ashram, la cual había propuesto a Chiara para la concesión del Premio Gandhi Defensor de la Paz.

Durante su permanencia, Chiara anotó en su diario: «El momento más interesante ha sido sin embargo el del té, en el que la señora Minoti nos acoge diciendo: ‘Siempre había soñado con este momento, como lo había soñado mi marido durante tantos años’. Yo advierto una atmósfera particular. Se siente la presencia de Dios en ese lugar. La conversación después se basa sobre cómo continuar nuestras relaciones. Vinu propone un diálogo para conocerse entre Focolares y Shanti Ashram, para ‘explorar nuestros fundamentos espirituales, después podremos llevar a cabo, desde nuestra unidad, acciones y proyectos comunes’. Luego añade que el diálogo tendría que realizarse también con el movimiento gandhiano»¹.

El mismo día había escrito sobre el encuentro tenido con la profesora Kala Acharya: «Ayer, día de la Epifanía, tuve un encuentro un tanto especial, seguramente con una criatura con un diseño de Dios, Kala Acharya, directora de un Instituto universitario de cultura e investigación en Bombay. Culta, ha profundizado en el diálogo hindú-cristiano, conoce bien el Pontificio Consejo para el dialogo interreligioso y ha sido recibida dos veces personalmente por Juan Pablo II. Al entrar en la salita dijo inmediatamente que se siente bendecida... ‘Es el amor de Dios lo que viene a mí. Trabajaré en cualquier indicación que me digas. ¡Es una promesa!’»².

En estos diez años se han sucedido una serie de iniciativas que podrían explicarse como la realización de las palabras de la profesora Shobada Joshi: «Chiara vino a la India y nos encontramos. Desde aquel momento sentimos que caminamos juntos cada vez que Dios nos ha sugerido algo. Debemos escuchar su

voz, la voz divina». También la doctora Vinu Aram ha expresado la esencia de nuestro diálogo cuando ha afirmado que nuestro encuentro ha sido «un encuentro de corazones. Codo con codo trabajamos para construir la paz en el mundo».

Iniciativas y actividades

Desde junio de 2002, se han tenido tres simposios, unas quince mesas redondas con distintos grupos del Movimiento Sarvodaya del Tami Nadu. Unos y otras nos han ofrecido la posibilidad de ir a la raíz de las espiritualidades que vivimos. Comenzando por Dios, como Padre, hemos profundizado en nuestras raíces a nivel espiritual a través del mandamiento del amor, la unidad, el misterio del sufrimiento, el esfuerzo en realizar la voluntad de Dios. Hemos descubierto las riquezas del otro y agradecido a Dios por el don concedido por medio de él al género humano.

Además, hemos tenido diversas conferencias, tratando varios temas: de la economía a la mística, de la política a la religión. También hemos desarrollado iniciativas a nivel de base, especialmente en las zonas rurales del Tami Nadu. Finalmente, hemos promovido eventos para la formación a la paz y a la fraternidad universal de las jóvenes generaciones: el “Hiroshima Day”, el “Run4unity” anual, la “Semana para los Artistas en Unidad”. El culmen ha sido el “Supercongreso”, un evento para teenager que reunió a unos 1000 jóvenes de diversos continentes y que mostró cómo las barreras étnicas, culturales y religiosas pueden ser superadas mediante un diálogo fecundo.

Los tres primeros Simposios

El primer Simposio se desarrolló en Castel Gandolfo (Roma), ofreciendo una realidad nueva en el Movimiento de los Focola-

res que, hasta aquel momento, nunca había tenido iniciativas académicas como la propuesta a Chiara por la profesora Kala Acharya y por los otros académicos hindúes. El título del congreso fue: “Bhakti, el Camino del amor a Dios y al prójimo”.

Algunas impresiones de los participantes expresan claramente el valor de la experiencia.

«Chiara vino a la India y nos encontramos. Desde aquel momento sentimos que caminamos juntos cada vez que Dios nos ha sugerido algo. Debemos escuchar su voz, la voz divina».

«Me he dado cuenta que el camino propuesto por Chiara es el del amor, de la unión con Dios en el amor, es decir “praema-yoga”. Pero Chiara no quiere que nos limitemos al amor de Dios y estar unidos solo a Él. Nos pide que participemos este amor a los hermanos, sirviéndoles. Por esto definiría su camino “praema-yoga”: unidad en el amor» (prof. Kala Acharya).

«Para un nivel espiritual alto no existen barreras de religión. El lenguaje de la mística es el mismo para cualquier fe que pertenezca. Hoy hemos tenido una mística que nos ha puesto de parte de sus profundas experiencias» (dr. Somaiya).

«He escuchado a Chiara desde el punto de vista de un bailarín clásico indio. Un bailarín cuando danza, debe ante todo haber hecho la experiencia espiritual de cuanto quiere presentar. Solo de este modo puede ofrecerlo al público. En estos días yo he hecho esta experiencias» (Raúl D’-Souza).

Siguieron, después, otros simposios. En 2004 el título elegido fue: *Corrientes de espiritualidad en el cristianismo y en el hinduismo*. Se trató dar un paso adelante importante.

«Todas las religiones, en teoría, hablan de la fraternidad universal, del amor por el hermano y por la humanidad. Lo importante es si se logra

poner en práctica todo esto. *Un liderazgo como el de Chiara es fundamental para poner en práctica tales preceptos... He estado en distintas partes del mundo, pero el tipo de amor, de atención y de sentimientos que he encontrado aquí aún no lo había experimentado en ninguna parte*» (prof. Ashok Vohra, Universidad de Delhi).

Finalmente, el 2007, se celebraron la “Semana de Gandhi” y la “Semana del Focolar”, en Roma, Florencia y en la ciudadela de Loppiano. En junio del 2008 tuvo lugar el III Simposio en Trento, donde tuvo sus orígenes el carisma de la unidad, inspirador de este diálogo.

El IV Simposio

A mediados de diciembre de 2011 se desarrolló en la India el IV Simposio hindú-cristiano sobre el tema: “*Interpretar y vivir las Escrituras para realizar la paz y la armonía universal*”.

Durante los primeros tres días se encontraron sesenta participantes, de varias organizaciones gandhianas del sur de la India y de tres prestigiosas organizaciones académicas de Bombay (Bharatya Vidhya Bhavan, Somaiya Sanskriti Peetham y Mumbai University). Las presentaciones fueron una ocasión para conocer las respectivas Escrituras, no solo a nivel académico, sino también en su profundidad espiritual. El enriquecimiento recíproco era evidente favoreciendo la presencia de lo divino y de su inspiración. Todo se desarrolló en un estilo típicamente indio, pero con la característica de una comunión siempre creciente, no solo entre hindúes y cristianos, sino también entre los distintos grupos que representaban al mundo hindú, no siempre fácilmente acordes entre ellos.

A los trabajos a puerta cerrada siguieron dos manifestaciones públicas: una jornada abierta en el Somaiya College, que tuvo como huésped de honor al card. Orwald

Gracias, arzobispo de Bombay. El programa de la jornada estaba dirigido a los estudiantes, presentando la importancia de las Escrituras hoy, interviniendo ellos, en primera persona, con reflexiones sobre sus esperanzas. El acto conclusivo se tuvo en la Facultad de Filosofía de la Universidad de Bombay, cuyo decano es Shubada Joshi, desde hace diez años comprometida personalmente en el diálogo hindú-cristiano, en colaboración con el Instituto de Sanskrito. El seminario titulado: “*La importancia de la Escrituras en la sociedad moderna*”, reunió a un centenar de estudiantes de Master y Doctorado, y a profesores de los dos departamentos.

Significativa la intervención de apertura de la profesora Joshi, que presentó a los relatores cristianos, describiendo la experiencia común de diálogo de estos años. Partiendo de la historia de Chiara Lubich y del Movimiento de los Focolares, subrayó cómo esta experiencia de carácter académico no busca ninguna forma de reproselitismo, sino, más bien, un verdadero encuentro entre religiones y culturas.

Los días del congreso de Bombay fueron ocasión para darnos cuenta del camino recorrido, pero también para mirar al futuro. Existe en todos, hindúes y cristianos, la conciencia de que la heredad de los caminos del diálogo abiertos por Chiara Lubich son ahora una responsabilidad común y cada uno se siente comprometido personalmente para llevarla adelante. Esto explica que cada organización e institución implicada por nuestro diálogo se sienta constantemente interpelada en primera persona para difundir esta experiencia y atraer a nuevos protagonistas del diálogo.

¹ C. Lubich, *Diario n. 7 dall'India*, Coimbatore, 7 enero 2001 (texto inédito)

² *Ibid.*

ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

30. El amor de Dios Padre.
31. Vivir a Jesús que ora.
32. Propuestas de Pastoral Juvenil.
33. El Este europeo, más allá de las fronteras.
34. Fraternidad.
35. Martirio.
36. El amor sana.
37. Asís: diálogo entre carismas.
38. Esperanzas de inicio de milenio.
39. Habitar en armonía.
40. Evangelizar.
41. Caminar desde Cristo.
42. Fidelidad.
43. La Sabiduría.
44. Vida religiosa. ¿Respuesta a los signos de los tiempos?
45. De Subiaco a Montserrat. Monaquismo Benedictino en Camino.
46. El amor une.
47. El Rosario, camino de espiritualidad - I.
48. El Rosario, camino de espiritualidad- II.
49. La experiencia.
50. «Sed santos».
51. Un camino para la unión con Dios.
52. Laicos y religiosos juntos.
53. La vida religiosa y el corazón inquieto de Europa.
54. Caminar con Jesús en medio de los suyos.
55. La Eucaristía: llegar a ser Jesús.
56. Carismas para Europa y para el mundo.
57. Religiosos jóvenes en la vida consagrada.
58. Jesús abandonado y la vida.
59. La vida consagrada a la luz del carisma de la unidad.
60. La vida consagrada en el diálogo interreligioso.
61. Vivir la palabra.
62. La educación a la espiritualidad de comunión.
63. Sentir a Dios.
64. Mi noche no tiene oscuridad.
65. Carismas para la ciudad.
66. Misioneros: Evangelio y Cultura.
67. ¿Quién construye la ciudad?
68. Para ser la palabra viva'
69. Caminando con san Pablo.
70. Chiara Lubich y los carismas.
71. Siguiendo los pasos de María.
72. El Dios de Jesús, no otro.
73. Un sacerdocio para todos.
74. Transmitir el carisma.
75. Carismas: dones del Espíritu en una Iglesia-comunión.
76. En la tierra como en el cielo.
77. «Interioridad dilatada».
78. Vino renovado en odres renovados.
79. Iglesia «semper reformanda».
80. Carismas en comunión.
81. Laicidad y carismas.
82. Santificarse juntos.

Los números atrasados se pueden adquirir al precio de 2 € ejemplar.



Ignacio de Loyola Como un sol

Una selección de meditaciones, pensamientos, cartas, etc. para gustar la esencia de la experiencia espiritual de Ignacio de Loyola:

No el mucho saber harta y satisface al alma, mas el sentir y gustar de las cosas internamente.

120 págs. 10 €



Leandro Fanlo

El bautismo

Una inmersión en el amor de Dios

116 págs. 9 €



Leandro Fanlo

La confesión

Por qué, cómo, cuándo

90 págs. 8 €

Nuevas ediciones ampliadas y revisadas de *El bautismo* y *La confesión*, libros prácticos, catequéticos, para descubrir la belleza de estos sacramentos, signos eficaces del amor de Dios.

Próximas publicaciones en esta colección:

La confirmación de Leandro Fanlo

La eucaristía de Leandro Fanlo

Celibato para una vida plena de Anselm Grün

